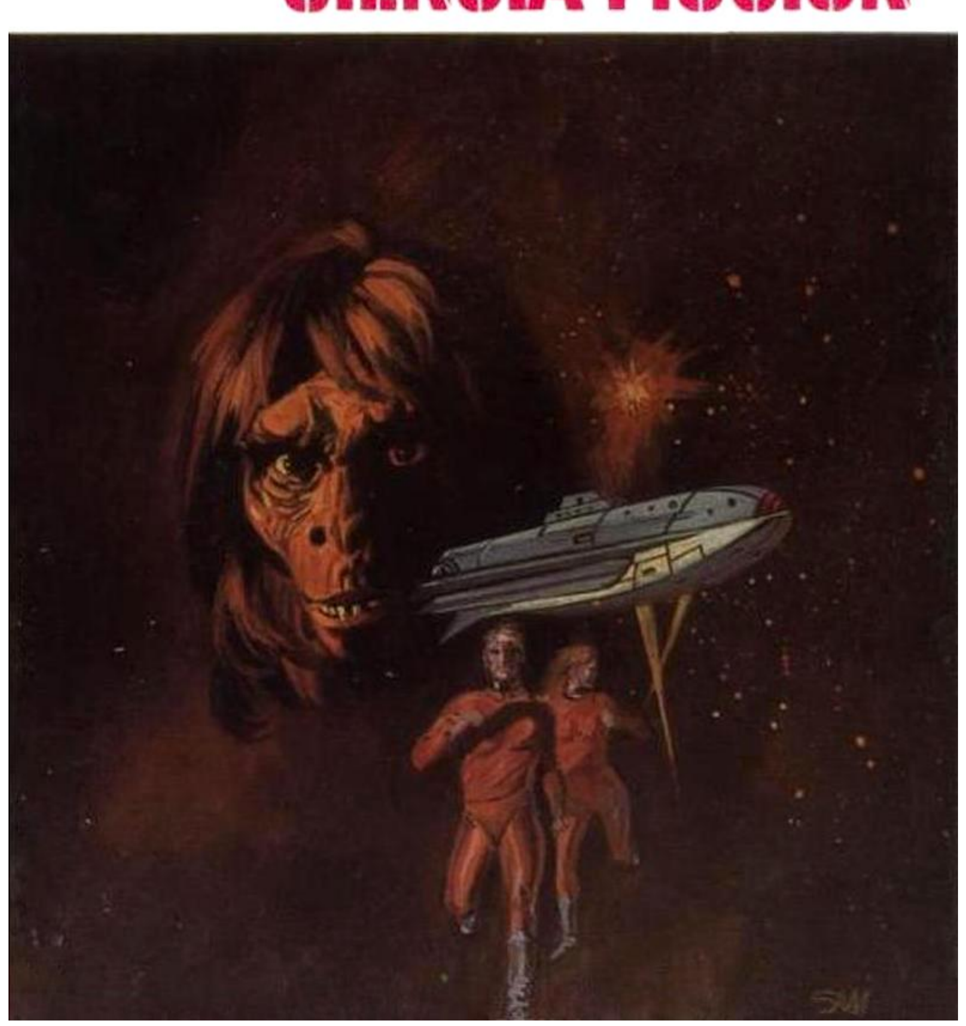
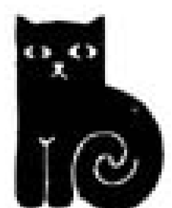
La conquista del ESPACIO

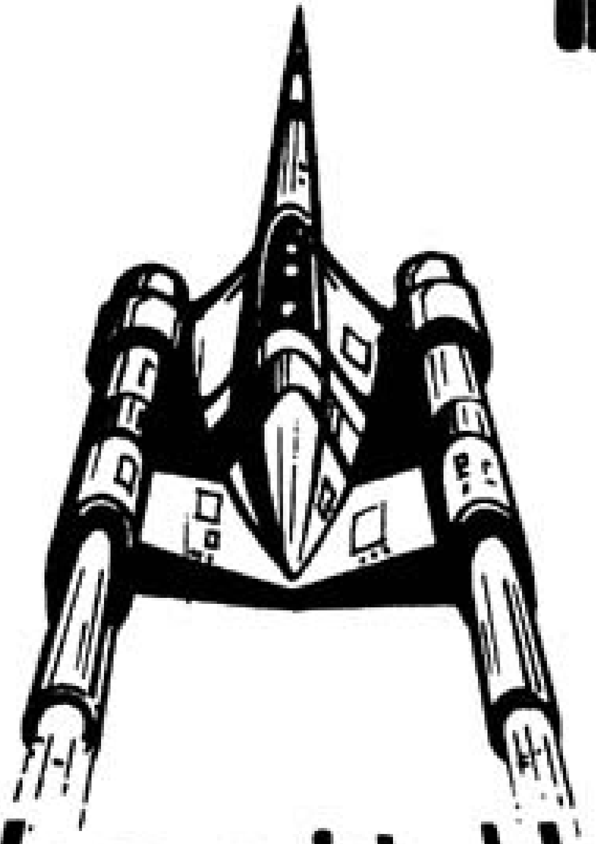
ESCLAVOS PARA KOBRAC

Joseph Berna

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ESCLAVOS

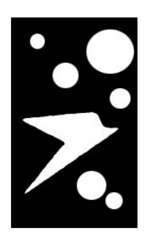
PARA

KOBRAC

JOSEPH

BERNA

Colección
La conquista del espacio n° 513
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES • CARACAS • MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

508. — Colmillos en la galaxia, *Ralph Barby*
509. — El comprador de aventuras, *Glenn Parrish*
510. — La necrópolis del espacio, *Joseph Berna*
511. — El planeta-hombre, *Clark Carrados*
512. — Los mercenarios del tiempo, *A. Thorkent*

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 18.017 - 1980
Impreso en España - Printed ini Spain
1.a edición: junio, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
Parets del Valles (N-152, Km
21,650)
Barcelona
–
1980

CAPITULO PRIMERO

La Tierra. Año 2019.

El helimóvil se posó suavemente frente a la magnífica casa que se alzaba a unos sesenta kilómetros de Los Alamos, antiguo estado de Nuevo México. Del moderno aparato descendieron un oso y una pantera.

Caminaron los dos hacia la puerta de la casa, sorteando los otros helimóviles que se hallaban posados frente a ella.

Hasta allí llegaba la música que sonaba dentro de la casa.

También se oían risas.

Y gritos alegres.

—Parece que hay buen ambiente —dijo el oso, tocándose el orejón derecho.

—Sí, se lo deben de estar pasando bomba —repuso la pantera, agitando su cola. Alcanzaron la casa.

El oso pulsó el timbre.

Poco después, la puerta se abría y un gorila se dejaba ver.

—¡Hola, muchachos! —exclamó, dándose unos cuantos puñetazos en el pecho. El oso y la pantera rieron.

—¿Qué tal la fiesta? —preguntó el primero.

—¡Fenomenal, chicos! —respondió el gorila.

—¿Somos los últimos en llegar, o aún falta alguien más? —preguntó la pantera.

—Aún falta gente, sí. Pero poca, estamos casi todos. —Estupendo —sonrió la pantera.

—¡Vamos, pasad! —indicó el gorila cerrando la puerta El oso y la pantera, acompañados del gorila, se

encaminaron hacia el amplio salón.
La
música
partía
de
allí.
Y
las
risas.
Y los gritos alegres.
La fiesta, evidentemente, estaba de lo más animada. El oso, la pantera y el gorila entraron en el salón. Había mucha gente allí.
—¡Hola, chicos! —saludó el oso, moviendo sus zarpas. —¿Qué tal, muchachos? —
saludó también la pantera, agitando igualmente las zarpas.
—¡Son Ronnie y Emma! —exclamó el canguro, acercándose a saltos a los recién llegados.
Los demás también se aproximaron,
dejando oír sus risas. El león... La gata...
Spartaco...
Cleopatra...
Marco
Antonio...
Lucifer...
Salomé...
Herodes Antipas...

Todos
los
asistentes
a la
fiesta.
A la fiesta de disfraces, como ya habrá adivinado el lector.
Rodearon a Ronnie y Emma, y observaron sus disfraces. —
¡Estás guapísima, Emma! —dijo Cleopatra.
—Tú también,
Annabelle —repuso
la pantera.
—¿Y qué me decís de Ronnie? —exclamó Marco Antonio—. ¡Es un oso precioso!
Todos rieron las palabras del amor de la reina de Egipto. —¡Venga, todo el mundo a bailar! —dijo el gorila, que era el dueño de la hermosa casa, y tomó por la cintura a la gata, que era su mujer.
Los demás también
se pusieron a danzar.
Marco Antonio enlazó
por el talle a
Cleopatra.
A ella le pareció que él se pegaba demasiado y protestó: —No me apretujes, Jeb.
—Estoy
loco por
ti,
Annabelle.
—Haberte
vestido de
Napoleón,
pues.
—Porque tú no te has vestido de Josefina, que si no... —¿Quieres decir que te has disfrazado de Marco Antonio sólo porque yo me he disfrazado de Cleopatra...?
—
Claro.

—Qué tontería.
—No es una tontería. Marco Antonio estaba locamente enamorado de Cleopatra, y yo lo estoy de ti.
—No seas cínico.
—Tú sabes que es cierto.
—Lo único que yo sé es que te sorprendí en la cama con Debra, y los dos estabais desnudos.
—¿Nunca vas a perdonarme eso?
—Nunca.
—Debra no significa nada para mí, y tú lo sabes.
—Es posible que no signifique nada para mí, pero te acostaste con ella.
—Sólo una vez.
—¡Ja!
—Te juro

que es cierto.

—No jures en falso, que eso es muy grave.

—Pregúntaselo a ella, y verás.

—Ya se lo pregunté.

—¿Y qué te dijo?

—Que os habíais acostado juntos docenas de veces.

—Debra no puede haberte dicho eso

—¿Por qué no, si es verdad?

—Es una sucia mentira, y yo la obligaré a confesarlo —masculló Jeb Klugman, soltando a Annabelle Stamp y caminando resueltamente hacia Debra Hyer. Era la que se había vestido de Salomé.

Una rubia de rostro

atractivo y cuerpo sensacional.
Sólo tenía veintiún años, pero aparentaba veintitrés o veinticuatro. Que Debra Hyer era muy mujer, vamos.
También Jeb Klugman era muy hombre.

Casi 1,90 de estatura, robusta complexión,
músculos desarrollados... Contaba
veintiséis años de edad, y tenía el pelo
negro.

Como, además de alto y atlético, poseía un rostro muy varonil, el disfraz de general romano le sentaba fenomenal, y parecía el auténtico Marco Antonio.

Debra Hyer no le quitaba ojo, por eso le vio venir directo hacia ella y con cara de pocos amigos.

La pareja de Salomé era Lucifer.

Jeb tocó el hombro del demonio y rogó:

—¿Me permites, Chuck?

—¡Desde luego! —repuso Lucifer, soltando a Salome y corriendo en busca de Cleopatra. Y es que Annabelle Stamp era una chica preciosa.

Morena, ojos verdes, labios rojos como frases maduras... Tenía veintidós años, y aunque sus formas no eran tan llamativas como las de Debra
Hyer, su figura era realmente espléndida.

Chuck Best, el tipo que se había disfrazado de Lucifer, la rodeó con su brazo y se puso a bailar con ella.

Jeb Klugman ya estaba bailando con Debra Hyer.

Ella, que se había pegado descaradamente a él, sonrió y dijo:

—Hola, Marco Antonio.

—Tengo que hablar contigo, Debra —repuso Jeb, serio. —¿Por qué no hablamos en otro lugar, a solas?

—Hablaremos aquí.

—Como quieras.

—¿Por qué le dijiste a Annabelle que tú y yo nos habíamos acostado juntos docenas de veces?

—Porque es verdad.

—En tu imaginación.

—Algo es algo.

—Respóndeme. ¿Por qué lo hiciste?

—Te lo diré, Jeb. Para que su ruptura de relaciones contigo fuera definitiva.

—Lo suponía.
—Estoy coladita por ti, Jeb, y tú lo sabes.
—Yo amo a Annabelle, Debra.
—Pero ella ya no te ama a ti.
—Eso no es verdad. Sólo está furiosa conmigo, pero en cuanto tú le digas que solamente estuve contigo en la cama una vez, me perdonará y...
Debra Hyer se echó a reír.
—Yo no le diré eso a Annabelle, Jeb...
—Te obligaré, Debra.
—¿Cómo? ¿A bofetadas, tal vez?
Jeb Klugman iba a responder, cuando Henry Luft, el tipo que iba vestido de Herodes
Antipas, le cogió por el hombro.
—Suelta ya a Debra, Jeb, que llegó la hora de su actuación.
—¿Actuación...?
—Nadie lo sabe, es una sorpresa que os hemos preparado a todos ella y yo.

—¿Qué clase de sorpresa?
—En seguida lo vas a saber. Vamos, Debra —Herodes se llevó a Salome hasta la mesa del salón, que había sido retirada a un ángulo de la estancia.
Se subieron los dos a ella y Henry Luft gritó:
—¡Que alguien pare esa música! ¡Debra y yo tenemos que deciros algo! Dejaron todos de bailar.
Lionel Mann, el dueño de la casa, se acercó al tocadiscos con su disfraz de gorila y lo paró.
—¿De qué se trata, Henry? —preguntó después.
—Yo, Herodes Antipas, he pedido a la hermosa Salomé que baile para mí y para vosotros. Y ella ha accedido.
Se escucharon varios bravos, muchos aplausos, y algunas frases de júbilo. Henry Luft alzó los brazos, rogando silencio, y cuando lo hubo de nuevo, prosiguió:
—La hermosa Salomé bailará y se quitará los velos, pero con una condición. Al terminar su danza, me formulará un deseo, y yo me he comprometido a concedérselo, sea lo que sea. ¿Estáis todos de acuerdo?
La respuesta, afirmativa, fue estruendosa.
—¡Mirad que si me pide la cabeza de alguno de vosotros, tendré que dársela! —bromeó Herodes.
Hubo ruidosas carcajadas.
—¡Lionel, pon una música adecuada! —indicó Henry Luft, bajándose de la mesa. El gorila buscó un disco apropiado y lo puso en el plato giratorio.
Tan pronto como la música empezó a sonar, Debra Hyer inició una danza cargada de sensualidad, haciendo latir más de prisa los corazones de los hombres.
Y eso que, por el momento, sólo mostraba sus largas y torneadas piernas. Pero ya mostraría más cosas, ya, cuando empezase a quitarse los velos... Annabelle Stamp se acercó a Jeb Klugman, ceñuda.
—Ha sido idea tuya, ¿verdad, Jeb?

—Te equivocas, Annabelle. Yo no tengo nada que ver.
—Pronto habrá mucho que ver.
—No miraré, si tú no quieres.
—No digas idioteces. ¿Qué más da que veas a Debía desnuda aquí que en la cama?
—Sólo la vi una vez.
—¿Acaso las otras veces que hicisteis el amor estaba la luz apagada...?
—Annabelle, te repito que...
—A otro perro con ese hueso —le cortó la joven, y se alejó de él.
Sobre la mesa del salón, Debra Hyer seguía con su exótica y sensual danza.
Ya se había quitado el primero de los velos, provocando un estallido de gritos y aplausos. Justo en el instante en que se disponía a despojarse del segundo, llamaron a la puerta.
Lionel Mann rogó:
—Ve tú a abrir, Britt.
La gata de su mujer —gata no porque lo fuera, sino porque iba disfrazada de eso, como se recordará— se negó categóricamente.
—Irás tú, Lionel.

—Mujer, que me perderé la actuación de Debra...

—Eso es lo que quiero yo.

—Está bien, yo abriré —rezongó Lionel Mann, y echó a correr hacia la puerta del salón, para ver si sólo se perdía la caída de un par de velos y volvía a tiempo de presenciar la caída de los últimos, que eran los más interesantes.

No debió correr tan de prisa, porque su disfraz de gorila era bastante pesado, y ésa fue la causa de que, apenas cruzar la puerta del salón, se hiciera un lío con las piernas, perdiera el equilibrio, y se propinara un soberano batacazo.

—¡Maldita sea la...! —empezó a barbotar.

Pero, como maldiciendo no iba a ganar nada, y sí perder unos segundos preciosos, se puso en pie todo lo rápidamente que pudo y reanudó la carrera.

Milagroso fue que no se cayera otra vez, porque en un par de ocasiones faltó un pelo para ello, pero el caso es que logró alcanzar la puerta sin darse un nuevo morrón.

La abrió de golpe. Dos personajes aguardaban fuera. ¡Y qué

personajes!
De no ser porque en su casa se estaba celebrando un baile de disfraces, Lionel Mann hubiera echado a correr en busca de su escopeta, con toda seguridad.
Suponiendo que no se hubiera quedado paralizado de la impresión, que había para eso y para más.
El aspecto de los recién llegados
era realmente terrorífico.
Parecían dos extraterrestres.
Dos escalofriantes seres
llegados de algún lejano planeta.
Lionel Mann no perdió el tiempo preguntándoles quiénes eran, porque eso ya lo sabría después, y se limitó a decir:
—¡Corred, muchachos, que Salomé se está quitando los velos y ya deben faltarle muy
pocos!
Sin perder un segundo más, el dueño de la casa se lanzó de nuevo hacia el salón.

CAPITULO II

Lionel Mann se pegó otro batacazo en su alocado regreso al salón pero aún llegó a tiempo de presenciar lo mejor del número: la caída de los dos últimos velos.

Los otros cinco yacían en el suelo.

El fascinante cuerpo de Debra Hyer, prácticamente desnudo, pues bajo los velos únicamente llevaba un minúsculo pantaloncito dorado, muy brillante, ya que se vislumbraba con bastante nitidez a través del par de finos velos que le faltaba por quitarse.

Britt, la esposa de Lionel, rezongó:

—Llegaste a tiempo de presenciar lo mejor, ¿eh, bribón?

El gorila tosió.

—¿Estás celosa, querida?

—Estoy cuernos.

—Si no tiene importancia, mujer.

—¿Quiénes eran? —

preguntó la gata.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Ocultan las caras bajo unos disfraces de marcianos.

—¿Vienen disfrazados de marcianos...?

—O de venusianos. O de jupiterianos. O de plutonianos. Son unos disfraces horribles, ya lo verás.

Britt Mann, picada por la curiosidad, miró hacia la puerta del salón, pero no vio a nadie.

—No entran, Lionel.

—Ya entrarán, no te preocupes. Yo les dije que se dieran prisa, pero...

—Pero sólo te la diste tú.

—Mujer... —carraspeó Lionel, sin quitarle ojo a Debra Hyer. La exuberante rubia ya sólo

conservaba un velo.
Los gritos y las exclamaciones de júbilo se sucedían.
Jeb Klugman apartó su mirada del excepcional cuerpo dé Debra Hyer y buscó con ella a Annabelle Stamp, sorprendiéndola con los ojos fijos en él.
La joven, que seguía cerduda, desvió su mirada al instante, posándola en la sensual y voluptuosa Debra.
Jeb hizo lo propio.
No tenía por qué perderse la caída del último velo.
Debra Hyer estaba esperando precisamente eso, que Jeb Klugman le prestara de nuevo atención, para despojarse entonces del séptimo velo.
Y se despojó de él.
Poco a poco.
Descubriendo centímetro a centímetro la tersa piel de su joven y ardiente cuerpo. Se abrieron varias bocas.
Todas ellas masculinas, claro.

Las mandíbulas de Lionel Mann fueron las primeras en separarse.
Pero no estuvieron así mucho tiempo, porque su esposa le dio un feroz pisotón y le obligó a lanzar un aullido.
Lionel encogió la pierna y arrugó la cara, pero no cerró los ojos.
Quería seguir contemplando la caída del último velo. El deslizamiento del último velo, más bien.
El seno derecho de Debra Hyer quedó al descubierto.
Redondo.
Pleno.
Erguido...
Un instante después, quedaba al descubierto el otro seno, igualmente firme y levantado, porque la simetría de los pechos de Debra Hyer era perfecta.
Como todo su cuerpo.
Se podía comprobar ya, porque el séptimo velo acababa de caer al suelo, como los otros.
Una estruendosa ovación premió la actuación de Debra Hyer, realmente magnífica. Seguro que la auténtica Salomé, en sus tiempos, no danzó mucho mejor ante Herodes Antipas.
El otro Herodes, el disfrazado, se subió a la mesa y felicitó a la falsa Salomé.
—¡Has estado sensacional, Debra!
—Gracias, Henry —sonrió ella.
Henry Luft pidió silencio y luego preguntó:
—¿Cuál es tu deseo, hermosa Salomé? Pide lo que quieras, que el poderoso Herodes Antipas te lo concederá.
Debra Hyer, que seguía exhibiéndolo todo, menos su pubis y su sexo, miró fijamente a Jeb Klugman y dijo:
—Quiero que el apuesto y valiente Marco Antonio me dé un

apretado abrazo y un apasionado beso. Con el permiso de la seductora Cleopatra, claro.
Annabelle Stamp enrojeció de cólera y gritó:
—¡Marco Antonio me importa un pito, bella Salomé! ¡Puede darte todos los abrazos y todos los besos que quiera! ¡Y si te apetece llevártelo a la cama, puedes hacerlo, también! ¡Seguro que a Marco Antonio le encantaría!
Las carcajadas atronaron el salón.
El único que no reía era Jeb Klugman.
Se hallaba tan furioso como la propia Annabelle, aunque él lo disimulaba mejor. Todo el plan había sido ideado por Debra.
Y le había salido perfecto, tenía que reconocerlo. Henry Luft gritó:
—¡Vamos, Marco Antonio, no hagas esperar a la hermosa Salomé! Jeb miró un instante a Annabelle.
Ella le estaba triturando con los ojos.
Jeb hizo un gesto, como diciendo que no podía negarse, y se acercó a la mesa, subiéndose a ella.
—¡Suertudo! —exclamó Lucifer.

—¡Ya me podía haber escogido a mí! —dijo el tipo que iba disfrazado de león.

—¡O a mí! —gritó el que iba vestido de Spartaco, tan alto y tan fuerte como Jeb.

El gorila estuvo a punto de repetir las palabras de Spartaco, pero vio cómo la gata de su mujer levantaba el pie y no se atrevió a abrir la boca, porque sabía que si lo hacía, el segundo pisotón sería un hecho, y aún le dolía el primero.

Debra Hyer puso sus manos sobre los robustos hombros de Jeb Klugman y pegó su cuerpo desnudo al de él.

—Cuando quieras, Marco Antonio.

Jeb la abrazó apretadamente, como ella había pedido, y la besó larga y ardorosamente. Debra puso mucho de su parte, también.

Tanto, que dio la impresión de que brotaban chispitas de la boca de uno y otro. Empezaron a sonar silbidos, tanto masculinos como femeninos.

Los hombres silbaban porque envidiaban a Jeb; las mujeres, porque envidiaban a Debra. Annabelle Stamp, en principio, creyó que sería capaz de presenciar la amorosa escena; por eso no abandonó el salón.

Pero se equivocó.

No podía ver cómo Jeb, al que todavía seguía queriendo como una tonta, estrujara el cuerpo desnudo de la zorra de Debra y besaba con pasión su excitante boca.

Era demasiado para Annabelle, y la joven decidió marcharse. La fiesta, para ella, había terminado.

Conteniendo a duras penas las lágrimas, dio media vuelta y caminó directamente hacia la puerta.

De

pronto, se quedó parada.

Había dos personajes en la puerta.

Al igual que Lionel Mann, Annabelle Stamp pensó que se trataba de dos invitados a la fiesta, disfrazados de extraterrestres, y el susto que se había llevado al descubrirles se le pasó en seguida.

Echó a andar hacia ellos, con la misma decisión de antes.

—Que mal gusto habéis tenido, hijos —les dijo, cuando alcanzó la puerta. Los personajes no respondieron.

—Además, ¿por qué os habéis disfrazado los dos de lo mismo? ¿Es que no quedaban disfraces de otra clase? —preguntó Annabelle.

Los personajes siguieron callados.

—Bueno, si vosotros no tenéis ganas de hablar, yo tampoco —rezongó la joven, y trató de cruzar la puerta, pasando por entre ellos.

El personaje de la derecha le propinó un empujón y la tiró al suelo, porque poseía una fuerza increíble.

Sin levantarse, Annabelle observó de nuevo a los personajes.

Su cabeza grande y deforme...

El par de

delgadas
antenas...
Su único ojo,
enorme, redondo y
brillante... Su
hundida nariz...
Su boca,
alargada y
muy
salida...
Como, además, el color de su piel, gruesa y cubierta de rugosidades, era grisáceo, su

aspecto ya no
podía ser más
espeluznante.
Annabelle no sabía
qué pensar.
El silencio
de los dos
personajes...
Su
inmovilidad...
La inusitada fuerza con que uno de ellos la había arrojado al suelo...
¿Serían, acaso,
extraterrestres de
verdad? No, qué
disparate.
Tenían brazos y
piernas, como los
terrestres. Y una
estatura y complexión
similares.
Eran seres terrestres, disfrazados de alienígenas.
Y, para explotar su disfraz al máximo, habían montado aquella comedia. Querían parecer auténticos extraterrestres, y se comportaban como tales. Convencida de ello, Annabelle Stamp se incorporó y volvió a acercarse a ellos.
—Dejadme pasar, que no estoy para bromas —gruñó, intentando de nuevo pasar por entre ellos.
Sucedió lo mismo de antes, sólo que, esta vez, fue el personaje de la izquierda quien la derribó de un empujón.
¡Y qué empujón!
Annabelle rodó por el suelo como una pelota.
Cuando se paró, y volvió a los dos personajes, vio que ambos habían empuñado sus extrañas armas.
A la joven se le heló la sangre en las venas, porque acababa

de comprender que no se trataba de dos terrestres disfrazados de alienígenas.
¡Eran auténticos seres llegados de otro mundo!

CAPITULO III

El chillido de terror que lanzó Annabelle Stamp, largo y agudo, ahogó los silbidos que los restantes asistentes a la fiesta dedicaban a Jeb Klugman Y Debra Hyer, porque éstos seguían besándose con ardor, estrechamente abrazados.

Todos se volvieron en el acto, alarmados.

También Jeb y Debra, interrumpiendo su maratoniano beso.

Curiosamente, a todo el mundo le sorprendió más el ver tendida en el suelo a Annabelle Stamp que la presencia de los dos seres extraterrestres.

La razón, claro, es que ninguno pensó que pudiera tratarse de auténticos alienígenas, sino personas disfrazadas de tales.

De pronto, Lionel Mann rompió a reír con fuerza.

—¡Annabelle se ha asustado!

Sus risas fueron rápidamente coreadas, porque, visto desde ese punto, la cosa tenía gracia, realmente.

Annabelle Stamp, pálida como un difunto y con visibles temblores en todo el cuerpo, retrocedió a rastras, porque no tenía fuerzas suficientes para levantarse.

—¡Son extraterrestres de verdad! —chilló, sin poder apartar sus ojos de ellos. Las carcajadas arreciaron.

—¡Dice que son extraterrestres de verdad! —exclamó Chuck Best, agarrándose los cuernos de su disfraz de Lucifer, pues

temía perderlos a causa de la risa.
—¡Esto es para mondarse! —dijo Henry Luft, doblándose hacia delante. Y no era sólo Herodes Antipas, quien se doblaba de risa.
El canguro, el león, el oso, la pantera y Spartaco también se contorsionaban a causa de su hilaridad.
Pero, sin duda alguna, la que más a gusto se reía era Debra Hyer.
Jeb Klugman, sin poder contener tampoco la risa, aunque la suya era mucho más moderada, soltó el desnudo cuerpo de la rubia y se bajó de la mesa, acercándose a Annabelle Stamp.
La joven, aterrada, seguía retrocediendo a rastras.
Jeb la tomó por los hombros y la ayudó a incorporarse.
—Annabelle...
Ella se agarró a él desesperadamente.
—¡Son seres de otro mundo, Jeb! El joven sonrió.
—¡No digas tonterías, Annabelle. Son dos invitados a la fiesta, disfrazados de extraterrestres.
—¡No, Jeb, no! ¡Son auténticos! ¡Ellos me han tirado al suelo, por dos veces! ¡Poseen una fuerza terrible!
—¡Yo lucharé contra esos monstruosos seres, Annabelle!
—gritó Spartaco, desenfundando su corta pero ancha espada romana—. ¡Les demostraré que soy más fuerte que ellos!

—añadió,
saliendo ya a
su encuentro.
Todo era una
broma, claro.
Así lo entendieron todos, y las carcajadas volvieron a sonar con fuerza.
—¡No seas loco, Kirk! —chilló angustiosamente Annabelle—. ¡Si les atacas te matarán!
—¡Spartaco es invencible, Annabelle! —rió Kirk Ellery, y siguió avanzando hacia los alienígenas, la espada en alto.
Los dos horribles seres
continuaban en la puerta.
Inmóviles.
Las armas empuñadas.
De pronto, el de la derecha movió la suya y apuntó al terrestre.
De la boca del arma brotó un rayo anaranjado, que alcanzó en el pecho al musculoso
Kirk.
Spartaco tembló como si estuviese agarrado a un cable de alta tensión. Sus ojos se desencajaron, su boca se contrajo en una espantosa mueca, y sus dientes castañetearon.
Todo ello al mismo tiempo.
Aquel doloroso martirio duró tan sólo unos pocos segundos, por fortuna. Luego Kirk
Ellery puso los ojos en blanco y se desplomó, quedando inmóvil en el suelo.
¿Desvanecido?
¿Muerto?
Nadie se acercó a él, para averiguarlo.
Lo que acababan de presenciar los había
dejado paralizados a todos. El asombro era
general.
Y
la

palidez.
Y
el
terror.
Ya nadie reía, y más de uno tenía ganas de llorar.
Súbitamente, Annabelle chilló:
—¡Os lo dije! ¡Os advertí que eran extraterrestres de verdad, y no quisisteis creerme!
¡Kirk los atacó y ahora está muerto!
Las palabras de Annabelle Stamp acentuaron el pánico de todos los presentes, y el caos más absoluto reinó en el espacioso salón.
Todo el mundo quiso huir.
Escapar
de los
extraterrestres.
Salvar la
vida.
Afortunadamente, el salón tenía otra puerta y un par de hermosas ventanas, y hacia esos tres puntos se dirigieron todos alocadamente.
Tropezones...
Caídas...
Chillidos...
Lo dicho, un auténtico caos.
Jeb Klugman, protegiendo con su cuerpo a Annabelle Stamp, también trató de alcanzar una de las salidas.
Los dos extraterrestres hicieron funcionar sus extrañas y poderosas armas.
Los rayos anaranjados fueron alcanzando terrestres, y en sólo unos segundos, el oso, la

pantera, el gorila, la gata, el canguro y el león se vieron temblando de pies a cabeza, sa- cudidos por las terribles descargas de energía.
Lucifer, Herodes y Salomé consiguieron abandonar el salón, los dos primeros por una de las ventanas y la rubia, que seguía con el brevísimo pantaloncito dorado, por la puerta opuesta a la que controlaban los alienígenas.
De poco les sirvió, sin embargo, porque había más extra-terrestres, tanto dentro de la casa como fuera de ella, y los tres fueron alcanzados por los temibles rayos anaranjados. En vista de ello, Jeb Klugman y Annabelle Stamp no llegaron a saltar por la ventana que habían elegido para escapar, porque era como salir del fuego para meterse en las llamas.
—¡No tenemos escapatoria,
Jeb! —chilló Annabelle. Jeb
Klugman desenfundó su
espada.
Fue un acto más bien instintivo, porque él era el primero en comprender que bien poco se podía hacer con una espada romana contra aquel grupo de seres de otro mundo, tan poderosamente armados.
Jeb empujó contra la pared a Annabelle y se colocó delante de ella, cubriéndola con su cuerpo.
—¡Arrojad vuestras malditas armas y venid por mí de uno en uno, si os atrevéis! —rugió fieramente—. ¡Aunque sea de dos en dos! ¡Os aseguro que os rebanaría la cabeza a todos, cobardes!
Los horripilantes seres rodearon a Jeb y Annabelle, los dos únicos terrestres que quedaban en pie.
Todos los demás yacían en el suelo
del salón o fuera de la casa. Jeb
contó diez de aquellos seres.
Todos
iban
armados.
Y

les apuntaban a ellos.

Annabelle se aferraba a la ancha espalda de Jeb, a punto de desmayarse de terror.

—Jeb... —musitó, sin apenas voz.

—Yo te defenderé, Annabelle. Aunque me cueste la vida.

La joven, adivinando que Jeb tenía intención de atacar a los alienígenas, suplicó:

—¡No, Jeb! ¡No puedes hacerles frente, son muchos y están mejor armados que tú!

—Prefiero morir luchando.

—¡Jeb...!

Annabelle intentó retener a Jeb, pero no le fue posible, y éste se lanzó bravamente sobre los extraterrestres, dispuesto a hacer rodar alguna de aquellas y grandes y deformes cabezas provistas de antenas.

Una acción tan valerosa como inútil, porque las armas de los alienígenas entraron de nuevo en acción, y Jeb Klugman resultó alcanzado por no menos de media docena de aquellos rayos anaranjados, antes de que pudiera utilizar su espada.

Annabelle Stamp lanzó un chillido desgarrador, al ver cómo se estremecía dolorosamente el cuerpo del joven.

Un instante después, Jeb Klugman se derrumbaba, quedando de bruces en el suelo, muy quieto.

Annabelle Stamp no pudo resistir más y sufrió un desvanecimiento, desplomándose también.

CAPITULO IV

Cuando Annabelle Stamp volvió en sí, se encontró encerrada en una jaula metálica de no más de dos metros de larga por otros dos de ancha y uno y medio de altura.

Encerrados con ella se hallaban Jeb Klugman, Debra Hyer, Lionel y Britt Mann, y Henry Luft.

Los cinco yacían en el piso de la jaula, como ella. Inconscientes.

Y desnudos...

Sí.

Sus respectivos disfraces de Marco Antonio, Salomé —bueno, Debra ya había dejado de parecer Salomé en la casa de los Mann, por propia voluntad—, gorila, gata y Herodes Antipas habían desaparecido.

También sus prendas interiores.

Annabelle se miró.

Ella también estaba completamente desnuda.

Le habían arrebatado el disfraz de Cleopatra y el sucinto pantaloncito que llevaba debajo.

—Dios mío... —musitó, cubriéndose instintivamente los pechos con los brazos y apretando las rodillas.

Miró a su alrededor, descubriendo otras dos jaulas idénticas a aquélla, algunos metros más allá.

En una de ellas permanecían encerrados

Kirk Ellery,
Chuck Best, Ronnie y Emma Coward, Dennis Walas y Jerome Osell, despojados de sus respectivos disfraces de Spartaco, Lucifer, oso, pantera, león y canguro.
En la otra, los restantes asistentes a la fiesta; dos hombres y cuatro mujeres.
Todos
inconscientes.
Todos
desnudos.
—Señor... —volvió a musitar Annabelle Stamp, empezando a sentir un poco de frío, aunque no sabía si era a causa de su completa desnudez o a causa de su miedo.
Porque
lo
tenía.
Y
mucho.
No podía olvidar a los
horribles extraterrestres.
Y se hallaban en su
poder, eso era evidente.
En su
nave, más
concretamente.
No había más que fijarse en las paredes y en el techo de la espaciosa estancia, de forma rectangular, en donde se hallaban las tres jaulas.
Despedían una luz ámbar, que perdía y cobraba intensidad de forma intermitente. Al fondo de la sala, se veía una puerta.
De
momento,
permanecía
cerrada.
Annabelle se preguntó
cuánto tiempo seguiría

así. Sospechaba que no mucho.

El frío que sentía la joven se acentuó. Y no sólo a causa del miedo.

La temperatura, en la nave extraterrestre, era más bien baja. Unos quince grados centígrados, aproximadamente.

Muy pocos grados, para soportarlos sin nada encima.

Algunos minutos después de que Annabelle Stamp volviera en sí, Lionel Mann recobraba el sentido también.

Al abrir los ojos y verse encerrado en una jaula, rodeado de cuerpos desnudos, entre ellos el de Britt, su mujer, quedó tan asombrado que no fue capaz de pronunciar palabra.

Pero sí hizo otra cosa: ponerse las manos entre los muslos y cubrir sus vergüenzas.

—Annabelle...—murmuró quedamente, mirando a la muchacha, que seguía cubriéndose los senos con los brazos y mantenía los muslos muy juntos.

—¿Cómo te sientes, Lionel?

—Débil y dolorido.

—Deben ser los efectos del rayo anaranjado que te alcanzó.

—Seguro.

—Estamos en poder de los extraterrestres, Lionel.

—Ya lo supongo.

—Encerrados en jaulas,

como si fuéramos animales.
—¿Por qué
nos han dejado
sin ropa?
—
No
lo
sé.
—A
Britt
no
le
va a
gustar.
—No
creo que
le guste
a nadie.
—Ya, pero es que mi mujer es muy celosa, Annabelle; y le va a sentar como un tiro que yo os vea desnudas a ti, a Debra y a las otras mujeres.
Annabelle
Stamp sonrió
levemente.
—No creo que Britt piense en eso, Lionel. Hay otras cosas más importantes en que pensar.
—Tienes razón. Nuestra situación es realmente angustiosa. ¿No logró escapar nadie? Annabelle movió la cabeza tristemente.
—Nadie, Lionel. Las dieciocho personas que estábamos en la fiesta fuimos capturadas por esos espantosos extraterrestres. Y menos mal que esos rayos anaranjados no matan.
—Pero hacen mucho daño,
Annabelle. Bueno, tú ya lo sabes.
—No, yo no lo sé, Lionel. Me desmayé de terror, antes de que me enviaran alguno.
—

Qué suerte.

—Jeb, en cambio, recibió por lo menos seis.

—¿Tantos...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Atacó a los extraterrestres con su espada.

—Qué valiente.

—-Fue una locura, no podía conseguir nada. Lionel Mann se estremeció visiblemente.

—¿No sientes frío, Annabelle?

—Un poco, sí.

—Como esos seres no nos den alguna ropa, vamos a resfriarnos todos.
—Seguro.
En aquel momento, volvió en sí Britt, la esposa de Lionel. —¡Britt, cariño! —se alegró él.
—¡Lionel...! —exclamó ella, agrandando mucho los ojos—. ¿Qué haces desnudo como un gusano, cochino? Lionel carraspeó.
—Todos estamos así, querida. Tú también. Britt se miró.
Al instante dio un chillido y se cubrió los senos con los brazos, encogiendo al mismo tiempo las piernas, muy juntas.
—¡Es verdad, yo también estoy en cueros vivos!
—Los extraterrestres nos lo quitaron todo, Britt —dijo Annabelle.
—¡Qué vergüenza, Señor!
—Serénate, Britt. No vas a ganar nada poniéndote nerviosa.
La esposa de Lionel Mann observó a Jeb Klugman, Debra Hyer y Henry Luft.
—No sólo estamos desnudos, sino amontonados... —gimió.
—Mujer, somos seis y la jaula es más bien pequeña —repuso Lionel. Britt lo miró severamente.
—Encoge las piernas, Lionel.
—¿Por qué?
—Le estás tocando el culo a Debra con el dedo gordo del pie. Lionel tosió y encogió rápidamente las piernas.
—No me había dado cuenta, Britt.
—¿Seguro que no?
—Mujer, cómo puedes imaginar que en las actuales circunstancias esté yo pensando en...
—Tú siempre estás pensando en eso, granuja.

—Britt, por favor.
—Se te caía la baba, viendo a Debra despojarse de los velos.
—Ahora la veo sin velos, y no se me cae nada.
—No la mires o te sacudo.
—Cállate ya, demonio.
Britt se calló, pero no porque se lo hubiera pedido su esposo, sino porque Debra Hyer estaba volviendo en sí.
La hermosa rubia también se sorprendió lo suyo, al verlos a todos desnudos.
—¿De quién fue la idea de imitarme? —preguntó.
—¿Cómo? —parpadeó Lionel.
—¿Por qué estáis todos en cueros! —Los extraterrestres nos dejaron así.
—Qué ocurrencia —sonrió Debra, sin preocuparse en absoluto de cubrirse los pechos, aunque sí mantenía las piernas recogidas y las rodillas juntas.
Annabelle la miró ceñudamente.
—¿Te divierte la situación, Debra?
—Mucho. ¿A ti no?
—¿Cómo me va a divertir que nos hallemos todos en poder de un numeroso grupo de seres de otro mundo?
—Bueno, eso tampoco me divierte a mí —se estremeció la rubia.

—¿Qué es lo que te divierte, entonces?

—Pues que nos hayan dejado a todos como nuestras madres nos echaron al mundo, sólo que mucho más desarrollados.

—Tú ya te quedaste desnuda en la fiesta. Y voluntariamente, porque nadie te obligó.

—No me desnudé completamente, Annabelle. Además, aquello sólo fue una broma. Henry me pidió que bailara, como la verdadera Salomé, y no me pareció correcto negarme.

—Claro.

—¿Te molestó que Jeb me abrazara y me besara, delante de todos?

—En absoluto. Lo nuestro acabó, y tú lo sabes.

—Jeb dice que aún le quieres.

—Se equivoca.

—¿Quién se equivoca? —preguntó Henry Luft, despertando en aquel momento.

—¡Hola, Henry! —exclamó Debra, sonriéndole.

Henry Luft, que había erguido el torso, se llenó también de perplejidad al verse desnudo y ver también así a los demás.

—¿Qué diablos pasó con nuestros disfraces...? —exclamó, cubriéndose con las manos lo que tenía de hombre.

—Los extraterrestres nos los quitaron —explicó Lionel Mann.

—Y lo que llevábamos debajo,

también —añadió su mujer.

—Bueno, al menos estamos vivís. Porque estamos vivos, ¿verdad? —preguntó Henry, preocupado.

—Sí, Henry, estamos vivos —asintió Annabelle Stamp—. Pero prisioneros de esos horribles seres.

—En su nave, supongo...

—sí.

—¿Qué querrán de nosotros? ¿Por qué nos habrán capturado a todos?

—Ni idea, Henry.

—A lo mejor nos estudian un poco y luego nos sueltan —comentó Debra.

—Sí, ¿por qué no? —dijo Henry, esperanzado. En aquel instante despertó Jeb Klugman.

Su sorpresa, al reparar en la desnudez general, no fue menor que la de los demás.

Después de cubrir pudorosamente sus genitales, preguntó:

—¿Estáis todos bien?

—Un poco doloridos, pero bien —respondió Lionel.

—Yo también lo estoy. Y no un poco, sino bastante.

—Ya me ha comentado Annabelle que recibiste varios de esos rayos anaranjados.

—Sí, me dispararon cinco o seis extraterrestres a la vez —rezongó Jeb, quien, seguidamente, preguntó—: ¿Por qué estamos desnudos?

—Los extraterrestres, al ver sin nada a Debra, debieron pensar que así nos sentiríamos todos más cómodos, y nos lo quitaron todo —respondió Annabelle, mordaz.

Debra la miró con dureza.

—Yo no estaba sin nada, conservaba el pantaloncito.

—Era una prenda tan insignificante, que no se puede considerar.

—Cubría lo que debía cubrir.
—A duras penas.
—Vete a la porra, mona.
—Eso tú, que tienes cara de guardia de tráfico. Debra Hyer apretó los dientes.
—¿Quieres que te tire del pelo? —amenazó.
—Tú no tiras ni de la cadena del inodoro —replicó Annabelle Stamp, burlona.
—¿A que te araño?
—Eso sí lo harías bien, porque gata eres un rato.
—¡Te voy a...!
—¡Basta ya, por favor! —intervino Jeb Klugman, en tono enérgico—. No es momento de discutir por una tontería, sino de pensar en lo que va a ser de nosotros.
—Será lo que Dios quiera —murmuró Britt Mann.
—Desde luego, pero no estaría de más que... —empezó a decir, pero se interrumpió, al ver que la puerta de aquella extraña sala se estaba abriendo.
Un grupo de aquellos seres de cabeza deforme y piel grisácea penetraron en la estancia, todos ellos empuñando sus extrañas armas.
—Me temo que muy pronto vamos a saber lo que va a ser de nosotros... —musitó Lionel Mann, estremeciéndose.

CAPITULO V

No fue Lionel Mann el único que se estremeció.
Los terrestres encerrados en las otras dos jaulas también habían vuelto en sí, y a todos ellos se les erizó la piel al ver aparecer a los seres de otro mundo que los habían hecho prisioneros.
A Britt Mann, Debra Hyer, Henry Luft, Annabelle Stamp y Jeb Klugman les ocurrió lo mismo.
Los alienígenas se acercaron a la jaula que ocupaban Jeb, Annabelle, Henry, Debra, Lionel y Britt.
Uno de ellos abrió la puerta e indicó a los terrestres que salieran de la jaula.
Con el gesto, claro.
No podían hacerse entender de otro modo, porque no hablaban su lengua.
—Quieren que salgamos —adivinó Jeb.
—Eso parece —dijo Lionel.
—Yo no me muevo de aquí —hizo saber su esposa, nerviosamente. Jeb la miró.
—Tenemos que

obedecer,
Britt.
—Jeb tiene razón —dijo Henry—. Si no salimos por las buenas, nos harán salir por las malas.
—
Seguro
—
opinó
Lionel.
El extraterrestre que había abierto la puerta de la jaula repitió la indicación, mucho más enérgicamente que antes.
—Salgamos, que a éste se le está acabando la paciencia — -dijo Jeb, abandonando la jaula.
Annabelle
salió
tras
él.
Henry y Debra no
tardaron en
imitarles.
—Vamos, Britt —rogó Lionel,
cogiendo del brazo a su mujer. Ella,
temblando como un flan, musitó:
—
Estoy
aterrorizada,
Lionel.
—Yo también, ¿qué te crees? Todos lo estamos. Pero tenemos que obedecer a estos seres, Britt. Nos harán daño, si nos resistimos a salir de la jaula.
—
Nos
matarán,
Lionel.
—Si quisieran matarnos, no nos habrían traído a su nave. Hubieran acabado con todos nosotros en nuestra casa.
—

Eso es verdad.

—Vamos, cariño.

Britt se dejó sacar de la jaula por su esposo.

El mismo extraterrestre que abriera la puerta les indicó ahora que caminaran hacia la salida de la estancia.

Jeb, Annabelle, Henry, Debra, Lionel y Britt echaron a andar, completamente desnudos y flaqueados por los alienígenas, quienes no dejaban de apuntarles con sus armas.

Kirk Ellery, el tipo que se disfrazara de Spartaco, se agarró a los barrotes de su jaula y gritó:

—¡Jeb!

Klugman y los otros cinco prisioneros que formaban el grupo lo miraron, en silencio y sin detenerse.

—¿Adónde os llevan? ¿Qué van a hacer con vosotros? —inquirió Ellery.

—No lo sé, Kirk —respondió gravemente Jeb.

—¡Malditos! —rugió Kirk Ellery, apretando con rabia los barrotes metálicos.

Jeb, Annabelle, Henry, Debra, Lionel y Britt alcanzaron la puerta de la extraña y espaciosa sala.

La cruzaron, siempre vigilados por los extraterrestres. Uno de éstos cerró la puerta, accionando un resorte.

Jeb Klugman y sus compañeros siguieron al ser que daba las órdenes. Avanzaron por un corredor, cuyas paredes y techo despedían la misma luz ámbar de la sala donde estaban las jaulas, cobrando y perdiendo igualmente intensidad de una manera intermitente.

Los seis prisioneros terrestres fueron conducidos a una estancia cuadrangular, más bien pequeña, cuyo suelo estaba repleto de pequeños orificios. También el techo los tenía.

Colgados de la pared, correctamente alineados, se veía media docena de extraños aparatos, que hacían recordar en cierta manera a los extintores terrestres.

Seis de los alienígenas guardaron sus armas y tomaron aquellos raros aparatos, mientras el resto de los alienígenas vigilaba al grupo de terrestres.

Estos, visiblemente asustados, permanecían inmóviles en la estancia, observando los movimientos de los extraterrestres sin el más leve pestañeo.

El ser que daba las órdenes emitió un extraño sonido gutural, que recordaba bastante al croar de las ranas.

Era su forma de hablar, sin duda.

Los seis alienígenas que empuñaban aquellos raros aparatos apuntaron con éstos a los cautivos terrestres.

El extraterrestre que los mandaba habló de nuevo como las ranas y los seis alienígenas accionaron aquella especie de extintores.

Seis chorros de un líquido purpúreo brotaron de ellos y partieron en busca de los cuerpos desnudos de los seis prisioneros terrestres.

Annabelle, Debra y Britt, presas de pánico, se pusieron a chillar como locas. Sin embargo, no había motivo para ello.

El líquido purpúreo no causaba el menor daño en su piel. Era agradablemente tibio, y se pegaba a ella como cola, cubriendo cada centímetro. Apenas tres minutos después, los cuerpos de los cautivos terrestres estaban totalmente cubiertos de aquel pegajoso y cálido líquido purpúreo.

El alienígena jefe dio una nueva orden y los extraños aparatos dejaron de funcionar. Jeb, Annabelle, Henry, Debra, Lionel y Britt se miraron entre sí.

Parecían estatuas esculpidas en plata.

Ninguno de ellos habló.

Se hallaban demasiado perplejos.

De pronto, empezó a caer agua del techo.

Limpia y fresca.

Jeb y sus compañeros miraron hacia arriba.

Era una especie de ducha colectiva.
El extraterrestre que daba las órdenes les indicó, de manera muy expresiva, que frotaran sus cuerpos.
Los prisioneros terrestres lo hicieron así y el líquido purpúreo que cubría sus anatomías empezó a desaparecer.
Poco después, sus cuerpos estaban totalmente limpios.
Dejó de caer agua por los orificios del techo.
Escasos segundos después, dos grandes discos rojos se encendían en las paredes laterales de la estancia, uno en cada una de ellas.
Empezaron a despedir aire caliente.
En sólo unos minutos, ¡os cuerpos de los cautivos terrestres estuvieron totalmente secos.
Entonces, los discos rojos dejaron de lanzar aire caliente y se apagaron.
—Un lavado y un secado muy originales, ¿no os parece? —dijo Henry Luft.
—No ha sido un ¡avado, sino una desinfección —corrigió Jeb Klugman.
—No hacía falta, no tenemos piojos —rezongó Britt Mann.
—Somos seres de otro planeta, y la desinfección Se imponía —repuso Lionel, su marido.
—Si se toman tantas molestias con nosotros, es señal de que no piensan matarnos —

dedujo Debra Hyer.

—Eso ya lo dijo Lionel, antes de salir de la jaula —habló Annabelle Stamp—. Y creo que tenía razón.

—Seguro que la tengo —dijo Lionel Mann.

El alienígena jefe les indicó que salieran de la estancia.

Los seis terrestres, algo más animados que cuando entraron allí, abandonaron la cuadrangular habitación y se dejaron conducir por el alienígena que parecía cortar el bacalao en la nave.

Instantes después, entraban en otra espaciosa sala, en donde, alineados a un lado y otro, se veían una serie de grandes urnas rectangulares, capaces de albergar cuerpos humanos.

El hallazgo no gustó a los prisioneros terrestres, pues quien más quien menos intuyó que los alienígenas tenían el propósito de encerrarlos en ellas, como si fuesen muertos vivientes.

Y por desgracia no se equivocaron.

El extraterrestre jefe abrió una de las urnas e indicó a Henry Luft que se tendiera en ella. El tipo que acudiera a la fiesta disfrazado de Herodes Antipas dio un paso atrás.

—No... —musitó, aterrado.

El alienígena repitió la orden, con más autoridad que antes.

—No, no me meteré ahí dentro —se negó Henry, sacudiendo

la cabeza—. No soy una momia, soy un ser humano.

El extraterrestre jefe dio una orden y los dos alienígenas saltaron sobre Henry Luft, agarrándole por los brazos.

—¡Soltadme, malditos! —rugió Henry, debatiéndose con fiereza.

Nada logró, porque aquellos seres poseían una fuerza muy superior a la de él, y lo arrastraron hacia la urna que le había sido destinada.

—¡Jeb, Lionel, ayudadme...! —chilló Henry, con desesperación—, ¡No permitáis que me encierren en ese ataúd de cristal!

Lionel Mann no se atrevió a intervenir, pues era consciente de que no serviría de nada, dado el número de extraterrestres presentes.

Y todos ellos armados, además.

Jeb Klugman tampoco esperaba conseguir mucho, pero como su sangre era mucho más caliente que la de Lionel Mann, no pudo quedarse con los brazos cruzados viendo como Henry Luft era encerrado en la urna y salió en su defensa, gritando:

—¡Dejadlo, cobardes!

Antes de que pudiera golpear a los dos alienígenas que sujetaban a Henry Luft, otros dos extraterrestres le cerraron el paso y trataron de sujetarle a él.

Jeb le propinó un tremendo puñetazo a uno de ellos y lo tiró al suelo de forma espectacular.

El otro lo agarró por la espalda.

Jeb Klugman tuvo la sensación de que le rodeaban dos brazos de acero y casi lanzó un grito de dolor, cuando éstos oprimieron su pecho desnudo.

Pero Jeb, que no era de los que se rendían fácilmente, disparó su codo hacia atrás y lo hundió en el costado del alienígena.

Este lanzó un extraño quejido y lo soltó en el acto, para poder agarrarse la zona castigada por el codo del terrestre.

Jeb Klugman intentó de nuevo ayudar a Henry Luft, pero ahora fueron cuatro los extraterrestres que le cortaron el paso.

Lionel Mann, contagiado del valor de Jeb Klugman se puso a su lado de un salto y levantó los puños.

—¡Estoy contigo, Jeb!

—¡Bravo! —se alegró Klugman—.

¡Vamos por ellos, Lionel! Los cuatro terrestres se lanzaron sobre los cuatro alienígenas.

Estos, que tenían orden de no utilizar sus armas, a menos que fuese absolutamente necesario, intentaron inmovilizarlos.

No les fue fácil, especialmente a Jeb Klugman, que era una fiera peleando; pero su mayor fortaleza física, unida a su superioridad numérica, hicieron posible que acabaran reduciendo a la pareja de valerosos terrestres.

Lionel Mann recibió un golpe en el cuello y se desplomó aturdido.

—¡Lionel! —chilló Britt, corriendo hacia su marido.

No pudo llegar hasta él, porque un alienígena la sujetó con fuerza.

A Jeb Klugman le fue asestado un terrible golpe en la espalda, y también él se derrumbó, medio inconsciente.

—¡Jeb! —gritó Annabelle Stamp, intentando socorrerle.

Le sucedió lo mismo que a Britt.

Un alienígena la agarró por detrás y la inmovilizó.

También Debra Hyer fue sujetada por otro extraterrestre.

Las tres mujeres chillaban y se debatían, pero infructuosamente.

Henry Luft ya había sido encerrado en su urna, y golpeaba con puños y pies las transparentes paredes de la misma, intentando romperlas.

Un esfuerzo tan desesperado como inútil, porque se trata-baba de un material terriblemente sólido.

Britt, Annabelle, Debra, Job y Lionel fueron encerrados en otras tantas urnas.

Entonces, una especie de gas blanquecino llenó las seis urnas, envolviendo sus cuerpos desnudos. Pocos segundos después, los seis cautivos terrestres dormían profundamente.

El alienígena jefe dió una orden y él y todos sus subordinados abandonaron la sala de las urnas, en busca del segundo grupo de prisioneros terrestres.

CAPITULO
VI

Jeb
Klugman
abrió
los
ojos.
Seguía
encerrado
en la
urna.
Tendido
boca
arriba.
Jeb
ladeó
la
cabeza.
En la urna de la derecha se
hallaba Annabelle Stamp.
Inmóvil.
Con
los
ojos
cerrados.
Jeb volvió la
cabeza hacia
el otro lado.
Vio a Debra
Hyer.
Ocupaba
la urna de
su
izquierda.
También ella permanecía quieta y

mantenía los ojos cerrados.
Jeb alzó las manos y trató de abrir su urna, aunque sospechaba que sería inútil.
Fue entonces cuando descubrió que las uñas le habían crecido mucho, como si llevara más de un mes sin cortárselas.
Jeb, perplejo, se las miró fijamente durante casi dos minutos.
¿Cómo era posible aquello?
¿Acaso había permanecido inconsciente tanto tiempo...? Jeb se tocó la cara.
Respingó dentro de la urna al descubrir que sus mejillas estaban cubiertas de pelo, al igual que su cuello.
¡Como si hiciera cuatro o cinco semanas que no se hubiera afeitado! Jeb Klugman ya no tuvo dudas.
Había permanecido de treinta a cuarenta días encerrado en la urna, sin despertarse para nada.
Los efectos del gas blanquecino, seguramente.
A Henry, Lionel, Annabelle, Debra, Britt y los demás les habría ocurrido lo mismo.
Jeb, furioso, furioso porque no es agradable descubrir que a uno le han robado descaradamente de treinta a cuarenta días de vida, empujó la parte superior de la urna con todas sus fuerzas.
Como ya se temía, no sirvió de nada.
Congestionado por el esfuerzo y por la rabia, empezó a golpear las paredes de la urna. Lo único que consiguió fue

lastimarse los puños.

Dolorido, jadeante y sudoroso, cerró los ojos y desistió convencido de que sería inútil seguir quemando energías. Jamás lograría abrir la urna. Y, romperla, menos aún.

Un par de minutos después, Jeb Klugman abría los ojos de nuevo y miraba a Annabelle Stamp.

Resultó muy oportuno, porque la joven se estaba despertando en aquel momento. Sus miradas se encontraron.

El bello rostro de Annabelle reflejó claramente la sorpresa que a ella le producía el ver a Jeb con aquella barba de más de un mes.

—¡Annabelle! —la llamó él.

Su voz, sin embargo, no logró atravesar las paredes de la urna, y la muchacha no le oyó. Ella lo llamó a su vez.

El resultado fue el mismo, y Jeb comprendió entonces que no podían escucharse el uno al otro.

Los demás prisioneros terrestres empezaron a despertar también, y muy pronto estuvieron todos con los ojos abiertos, agitándose desesperadamente en sus respectivas urnas, golpeando sus sólidas y transparentes paredes, dando gritos...

Todo inútil.

No saldrían de allí hasta que los seres que los habían capturado los sacasen voluntariamente.

Todos parecían comprenderlo así, y dejaron de gritar y de dar golpes con sus puños y sus pies.

Pocos minutos después, la puerta de la vasta sala se abría.

Los que se dieron cuenta de ello esperaban ver aparecer a un grupo de aquellos horribles seres con antenas en sus deformes cabezas, un solo ojo, nariz hundida, boca alargada y salida, piel grisácea, cubierta de rugosidades.

Se equivocaron totalmente.

Sólo entró un ser, y no de aquéllos.

Era un ser terrestre.

Tan terrestre como ellos.

Aparentemente, al menos.

Se trataba de un hombre, alto y fornido, que tenía el pelo rubio y aparentaba unos cuarenta años de edad. Vestía un

traje color cobre, de una sola pieza, el cual, y por la forma en que se pegaba a su cuerpo, parecía de goma.

Al cuello, llevaba un ancho aro de metal, muy brillante, el cual tenía una extraña inscripción. Parecían números, sólo que escritos al revés.

Las botas, cortas y plateadas, se adivinaban extraordinariamente flexibles.

El curioso personaje se detuvo junto a la urna de Henry Luft, que era la primera de la derecha, y accionó el resorte que la abría.

El asombrado Henry se apresuró a salir de la urna, como si temiera que pudiera cerrarse de nuevo.

El corpulento sujeto del traje color cobre esbozó una sonrisa.

—¿Cómo se llama, amigo?

—Henry... Henry Luft. ¿Y usted...?

—Belov; Nikolai Belov.

—¿Le capturaron también los extraterrestres?

—Sí, junto a toda mi tripulación.

—¿Tripulación...?

—Yo era el comandante de la *Zeus 3000,* astronave terrestre de exploración espacial. Pero de esto ya hablaremos después, cuando les haya sacado a todos de las malditas urnas.

—Sí, por favor, que se pasa muy mal encerrado ahí —rogó Henry.

—Y tan mal —sonrió el comandante Belov, quien, seguidamente, fue abriendo las urnas una por una, sin dar ninguna importancia al hecho de que, tanto los hombres como las mujeres, estuviesen completamente desnudos.

Algunos minutos después, las dieciocho personas que fueran capturadas en la fiesta que se celebraba en la casa de los Mann se hallaban libres y agrupados en torno a Nikolai Be- lov, de quien esperaban una explicación para todo aquello.

El comandante Belov empezó a hablar.

—Se encuentran ustedes en Kobrac, un pequeño planeta perteneciente a la galaxia Andrómeda, y habitado por eses seres tan feos que ya conocen. Han sido ustedes raptados por ellos porque necesitan esclavos, gentes que hagan un trabajo que ellos no quieren realizar, porque es duro y peligroso. Ese trabajo no es otro que extraer un determinado tipo de mineral, muy valioso para los habitantes de Kobrac. Los esclavos varones lo extraemos en el fondo de la mina, y las mujeres se encargan de sacarlo de ella en una especie de vagonetas.

Nicolai Belov hizo una breve pausa y continuó:

—En Kobrac, los días son algo más largos que en la Tierra. Duran, exactamente, veintisiete horas y quince minutos. Los esclavos nos turnamos en el trabajo de la mina. Cada nueve horas y cinco minutos, se cambia el equipo de trabajadores. Trabajar en una mina, durante nueve horas seguidas es pesado, pero se puede soportar. Fundamentalmente, porque estos seres nos dan comida abundante y nutritiva. No lo hacen porque sean generosos, sino porque no les conviene que enfermemos, ya que así no podemos trabajar. Nos quieren sanos y fuertes, para que podamos rendir al máximo en la mina.

Jeb Klugman, aprovechando la segunda pausa del que fuera comandante de la *Zeus 3000,* preguntó:

—¿Cuántos esclavos terrestres hay en Kobrac, comandante Belov?

—Alrededor de cuarenta. Eramos unos sesenta, pero los otros veinte...

—¿Qué pasó con los otros veinte, comandante? —preguntó Kirk Ellery.

—Han muerto.

—¿Cómo murieron? —inquirió Jeb Klugman.

—Unos, la mayoría a causa de los accidentes que suelen producirse en la mina; el resto, ejecutados.

El estremecimiento fue general.

—¿Ha dicho ejecutados, comandante...? —exclamó Lionel

Mann.

—Sí, eso he dicho. Intentaron huir, y se les castigó con la muerte, porque era la segunda vez que trataban de escapar. La primera vez que un esclavo intenta la fuga, se le tortura dolorosamente cuando se le atrapa de nuevo, que suele ser muy pronto. Sí, pese a tan terrible castigo, reincide, entonces se le ejecuta.

—¡Qué horror! —exclamó Annabelle Stamp.

—¡Esos seres son unos monstruos! —dijo Debra Hyer.

—¡Unos asesinos! —añadió Chuck Best, el tipo que se vistiera de Lucifer.

—¡Deberíamos acabar con todos ellos! —rugió Henry Luft. El comandante Belov sonrió tristemente.

—Nada me gustaría más, pueden creerme. Pero es imposible. Nadie puede escapar de Kobrac. Estamos condenados a ser esclavos de sus habitantes mientras vivamos. O eso... o la muerte.

CAPITULO VII

Un profundo silencio siguió a las palabras de Nikolai Belov. Este rogó:

—Síganme todos ustedes, por favor. Les proporcionaré ropas.

Los dieciocho cautivos terrestres siguieron al comandante Belov, quien los condujo a una sala contigua, mucho más reducida.

Allí, sobre una alargada mesa, había dieciocho trajes como el que llevaba Nikolai Belov, dieciocho pantaloncitos del mismo tejido y color, y dieciocho pares de botas cortas y plateadas, idénticas a las que calzaba el ex comandante de la *Zeus 3000.*

También había dieciocho aros de metal, como el que llevaba el comandante Belov al cuello, todos con una inscripción al grabada.

Nikolai Belov explicó:

—Los trajes, los slips y las botas parecen todas de la misma talla, pero, en realidad, están confeccionados con un material tan elástico y resistente que se adaptan a cualquier forma y medida. Compruébenlo ustedes mismos.

Los prisioneros terrestres empezaron a vestirse. El comandante Belov había dicho la verdad.

Tanto los slips como los trajes se ajustaron admirablemente a las formas de cada cual. Y lo mismo sucedió con las botas.

—Perfecto —dijo Nicolai Belov, sonriendo—. Ahora los collares —añadió, tomando uno de los aros metálicos.

—¿Es necesario llevar eso? —preguntó Jeb Klugman.

—Absolutamente —asintió Belov.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque cada collar lleva un número, que sirve para identificar al esclavo que lo lleve al cuello. Y, lo que es más importante para los seres de Kobrac, en caso de huida, les permite saber por dónde anda exactamente el esclavo fugado, porque estos collares emiten unas ondas que son captadas por unos determinados aparatos.

—Empiezo a entender —rezongó Jeb.

—No son molestos de llevar, porque son ligeros y lo suficientemente anchos como para que no lastimen el cuello del esclavo. Ni siquiera impide a los hombres afeitarse.

—Sentiré complejo de perro —masculló Kirk Ellery.

—Y yo —gruñó Ronnie Coward, el tipo que acudiera a la fiesta disfrazado de oso y acompañado de Emma, su mujer, disfrazada de pantera.

—Se acostumbrarán pronto a llevarlos y entonces ni siquiera se acordarán de ellos, ya verán —aseguró Nikolai Belov.

Jeb Klugman lo miró fijamente.

—¿Se acostumbró ya usted, comandante

Belov?
—
Sí.
—¿Cuánto tiempo lleva en Kobrac,
trabajando como esclavo?
—
Casi
un
año.
—¿Y no ha intentado
escapar ni una sola
vez?
—Sí, sí que lo intenté. A los pocos días de
empezar a trabajar en la mina.
—
¿Y...?

—Me atraparon tan sólo unas horas después.

—¿Le torturaron?

—Sí. Y sufrí tanto, que ya no volví a intentar la fuga. Pero no crean que fue por temor a la muerte. Si estuviera seguro de que mi castigo, por reincidir, sería la ejecución inmediata, lo hubiera vuelto a intentar hace tiempo. Pero sospecho que no me matarían. Me volverían a torturar. Soy un tipo muy fuerte, y los seres de Kobrac no querrían perderme. Rindo como nadie en la mina.

—Pues yo pienso rendir muy poco —dijo Henry Luft.

—Lo mismo digo —rezongó Lionel Mann. Nikolai Belov los miró a los dos.

—Les aconsejo a todos que rindan lo más que puedan. Si no lo hacen así, los seres de Kobrac les castigarán dolorosamente. Lo sé por experiencia.

—Yo no me resigno a ser esclavo —dijo Kirk Ellery.

—Tendrán que resignarse todos, no hay más remedio.

—¿De parte de quién está usted, comandante? —exclamó Jerome Osell, el tipo que se disfrazara de canguro.

Belov lo miró seriamente, con un leve destello en las pupilas.

—¿Usted qué

cree?
—No sé qué pensar, la verdad. En vez de darnos ánimos para intentar escapar de este maldito planeta y de sus horribles habitantes, está tratando de quitarnos los pocos que tenemos.
—Lo hago por su bien.
—¿Nuestro bien, vivir como esclavos en Kobrac, trabajando nueve horas diarias en una mina, en la que se suceden los accidentes mortales...? —replicó Dennis Walas, el tipo que se disfrazara de león.
—¡Y con un collar de perro al cuello! —agregó Chuck Best. Se escucharon varias voces de protesta.
El comandante Belov alzó los brazos y rogó silencio.
—Está bien, no les daré más consejos. El que desee intentar la huida, que la lleve a cabo. Pero luego no digan que no les avisé de las consecuencias que eso trae.
Jeb Klugman preguntó:
—¿Por qué ha venido usted a sacarnos de las urnas y nos ha proporcionado ropas, comandante?
—Lo seres de Kobrac me lo ordenaron.
—¿Por qué?
—Ellos no pueden hablar nuestra lengua, y tampoco la entienden. Por eso me escogieron a mi para que me ocupase de ustedes y les informase de la clase de vida que les espera

en Kobrac.
—¿Y por qué precisamente a usted, comandante Belov?
—Bueno, soy una especie de cabecilla entre los esclavos terrestres, y los seres de Kobrac lo saben.
—Entiendo. Todos siguen sus consejos, cuando los da.
—Pues sí. Y es natural. Muchos de ellos eran miembros de mi tripulación. Me respetan y me consideran un hombre juicioso.

—Háblenos de los que no eran miembros de su tripulación, comandante —rogó Jeb.

—Viajaban en otras dos astronaves, capturadas igualmente por los seres de Kobrac, posteriormente a la captura de la *Zeus 3000.* Sus respectivos comandantes han muerto. El uno, en un accidente de la mina; el otro, al intentar la fuga por segunda vez.

—Fue ejecutado, ¿eh?

—Si.

—Malditos... —rezongó Jeb, apretando los puños.

Sobrevino un largo silencio.

El comandante Belov se acercó a Jeb Kingman, con el collar de esclavo en las manos. Lo abrió y se lo puso.

Jeb alzó sus manos y tocó el aro de metal, muy ligero, tal y como había advertido Nikolai Belov.

—¿Cómo se quita esto, comandante?

—De ninguna manera, muchacho.

Jeb apretó los maxilares.

—Todo lo que se cierra se puede abrir, comandante Belov.

—Estos collares, no. Están diseñados así a propósito. Cuando se cierran totalmente, ya no hay manera de abrirlos.

Habría que romperlos, pero eso no es posible, a menos que se disponga de una herramienta muy especial. Y los esclavos, desde luego, no la poseemos.

—Entiendo —gruñó Jeb.

Nikolai Belov tomó otro collar de la alargada mesa e hizo ademán de ponérselo al corpulento Kirk Ellery.

Este dio un paso atrás.

—A mí no me pondrá eso, comandante Belov.

—Muchacho, si no te lo pongo yo, te lo pondrán los seres de Kobrac, y eso sería mucho peor para ti —advirtió Belov.

Kirk Ellery miró a Jeb Klugman. Este dijo:

—El comandante Belov tiene razón, Kirk. Es una tontería resistirse.

—Deja que te lo ponga, Kirk —suplicó Annabelle Stamp. El robusto Ellery soltó un gruñido.

—Está bien, puede ponérmelo —accedió de mala gana.

Nikolai Belov le puso el collar.

—Ya siento deseos de ladrar —masculló Kirk, tocando el aro de metal brillante. El chiste no era

malo, pero nadie rió.

Se hallaban todos demasiado preocupados.

El comandante Belov colocó los collares de esclavo a los otros dieciséis prisioneros terrestres. Cuando puso el último, indicó:

—Síganme todos, por favor. La mina nos espera.

CAPITULO VIII

Nikolai Belov sacó a los dieciocho prisioneros terrestres de la colosal nave alienígena, y éstos pudieron contemplar por primera vez el cielo de Kobrac.

Un cielo azul.

Limpio.

Luminoso.

La tierra, al menos en el lugar en donde se había posado la nave extraterrestre, era rojiza, seca y dura.

El lugar, una vasta planicie, rodeada totalmente de altas montañas, carecía por completo de vegetación.

Más parecía un desierto.

A unos doscientos metros de donde se hallaba la nave de los seres de Kobrac, se alzaban una especie de pabellones.

Tres, concretamente.

—Son vuestras viviendas —explicó el comandante Belov—. No están mal, teniendo en cuenta que son para esclavos. La entrada de la mina está un poco más allá, en la falda de la montaña que se ve detrás de los pabellones. Vamos.

Echaron a andar todos hacia allí.

—¿Dónde están los extraterrestres? —preguntó Jeb Klugman—. No se ve ninguno.

—Ellos sí nos ven a nosotros —sonrió Belov.

—Cámaras de televisión, ¿eh?

—Algo así.

—O sea, que controlan todos nuestros movimientos.

—Sí; tanto dentro de la mina como fuera de ella.

—Pues qué bien —rezongó Jeb.

Siguieron caminando hacia la mina.

Apenas dejar atrás los pabellones de los esclavos, descubrieron la entrada de la mina. Al pie de la montaña, como había dicho Belov.

Frente a ella, se veían dos enormes cajas metálicas, tan grandes como vagones de tren

—En esas gigantescas cajas se arroja el mineral que las mujeres van sacando del fondo de la mina en las vagonetas —explicó el comandante Belov—. Cuando una de ellas se llena, los seres de Kobrac vienen por ella en un potente vehículo volador y se la llevan, dejando en su lugar otra vacía.

Todavía flotaban en el aire las últimas palabras de Nikolai Belov, cuando una mujer apareció en la entrada de la mina, empujando una vagoneta repleta de unos pedruscos de color ocre.

La mujer, joven y bonita, de pelo negro, largo y desordenado, se cubría tan sólo con el elástico slip color cobre.

—¿Hay que despojarse del traje para trabajar en la mina...? —preguntó Britt Mann,

respingando.
—Nadie obliga a ello, desde luego —respondió Belov, quien seguidamente explicó—: La temperatura en la mina es bastante más alta que fuera de ella, y como el esfuerzo es

continuo, se suda a chorros si uno no se despoja del traje. Aun así, también se suda bastante. Fíjense si no en la chica. Toda la piel de su cuerpo brilla a causa del sudor.

Era cierto. El cuerpo de la esclava estaba húmedo y brillante.

La chica, tras dirigir una breve mirada al grupo de terrestres que se acercaba a la mina, levantó con evidente esfuerzo la vagoneta y vació su contenido en la enorme caja metálica.

Luego dio media vuelta y desapareció en la mina.

Nikolai Belov y sus acompañantes alcanzaron la entrada de la mina, de la cual pendía un extraño reloj.

Belov se fijó en él y dijo:

—Dentro de quince minutos, los esclavos que están trabajando en la mina abandonarán su tarea y nosotros les sustituiremos.

Aguardaron todos a que transcurriesen esos quince minutos, frente a la mina.

En ese tiempo, otras dos mujeres aparecieron empujando sendas vagonetas cargadas del valioso mineral.

Iban en pantaloncitos, como la anterior, y también ellas tenían el cuerpo brillante de sudor y el cabello desordenado.

No pronunciaron palabra.

El comandante Belov las miró, pero tampoco él les dijo nada. Como vio que esto extrañaba a Jeb Klugman y los

demás, explicó:

—Durante el trabajo, está prohibido detenerse y ponerse a charlar con los compañeros. Si alguien lo hace, es castigado por los seres de Kobrac.

—Mal rayo los parta a todos... —barboteó Kirk Ellery.

Transcurrieron los quince minutos y una estridente sirena sonó en el interior de la mina.

—Se acabó el trabajo para ellos —dijo Belov—. Ahora se pondrán los trajes y saldrán de la mina.

Cinco minutos después, los esclavos salían de ella, vestidos y en grupo. Salían sucios.

Sudorosos.

Fatigados.

Jeb Klugman contó nueve hombres y once mujeres.

Uno de los hombres dijo:

—Llegó la nueva remesa de esclavos, ¿eh, comandante?

—Sí, hace un rato — asintió Belov.

— Pobres.

No hubo más diálogo.

Los veinte esclavos se hallaban agotados por las nueve horas de trabajo ininterrumpido en la mina, y sólo deseaban meterse en los pabellones.

Ya tendrían tiempo de hablar con los recién llegados a Kobrac.

Se encaminaron todos hacia los pabellones, con paso lento y cansino. El nuevo grupo de

esclavos los siguió con la mirada. El comandante Belov indicó:

—Adentro, amigos.

Jeb Klugman y sus compañeros penetraron en la mina, precedidos por Nicolai Belov. Las distintas galerías estaban iluminadas por unas extrañas lámparas.

El comandante Belov se adentró en uno de los túneles, indicando:

—Por aquí compañeros.

Todos siguieron a Nikolai Belov.

Tardaron un poco en alcanzar el fondo de la galería, porque ésta era muy profunda.

—Bien, ya hemos llegado —dijo el comandante Belov—. En esta galería vamos a trabajar. Los hombres, a extraer mineral con estas extrañas pero eficaces perforadoras; las mujeres, a cargarlo en las vagonetas y trasportarlo hasta las gigantescas cajas metálicas.

Nicolai Belov se despojó del traje sin necesidad de sacarse las botas, gracias a la elasticidad del mismo, y quedó en slip.

—Les aconsejo que me imiten, muchachos —dijo, con una agradable sonrisa.

Jeb, Lionel, Henry, Kirk, Chuck, Ronnie, Jerome, Dennis, y los demás otros dos hombres, llamados Alec y Jesse, se despojaron también de los trajes.

Luego cada cual tomó una de aquellas raras perforadoras y empezaron a trabajar, procurando imitar el estilo de Nicolai Belov, que era realmente magnífico.

Lógico, teniendo en cuenta que llevaban casi un año trabajando en la mina...

Annabelle, Debra, Britt, Emma y las otras cuatro mujeres que completaban el nuevo grupo[1] de esclavos empezaron a recoger el mineral que extraían los hombres con sus perforadoras y a depositarlo en las vacías vagonetas, siguiendo las instrucciones del comandante Belov.

Por el momento, ninguna de ellas se había despojado del traje.

Pero ya se despojarían de ellos, ya, cuando empezasen a empujar las vagonetas cargadas de mineral y el sudor brotase por cada uno de los poros de su piel, humedeciendo sus cuerpos...

CAPITULO
IX

Nueve horas después, la estridente sirena sonaba en la mina.

El nuevo grupo de esclavos terrestres sintió deseos de saltar de alegría, pero ninguno de ellos despegó sus pies del suelo. Se hallaban demasiado cansados. Extenuados, más bien.

Los hombres y las mujeres, bañados de sudor, empezaron a ponerse los trajes.

Sí, las mujeres también. Todas iban en slip, como los hombres. Y desde hacía horas.

Habían resistido muy poco tiempo los trajes, porque se ahogaban de calor dentro de ellos, y venciendo su pudor, se despojaron de los mismos.

Bueno, Debra Hyer, que fue la primera en quedarse en pantaloncitos, no tuvo que vencer pudor alguno. A ella no le importaba en absoluto trabajar en la mina con los pechos al aire, pues sabía que los tenía hermosos y tentadores, y le agradaba exhibirlos siempre que tenía ocasión, como en la fiesta de disfraces.

Nikolai Belov, quien acusaba mucho menos la fatiga que ei resto de los esclavos, sonrió y dijo: —Cuando llevéis algunos dias trabajando en la mina, notaréis bastante menos el cansancio, ya veréis.

—Yo no viviré tanto
—murmuró Henry
Luft.
—
Ni
yo
—
dijo
Chuk
Best.
—Yo estoy tan agotado que apenas puedo tenerme en pie —rezongó Lionel Mann.
—Lo mismo digo, Lionel —
murmuró Britt, su esposa.
—Esta maldita mina acabará con todos nosotros
—vaticinó Annabelle Stamp.
—Seguro —
mascullo
Emma
Coward.
—Mientras no haya accidentes, y ojalá tarde en haberlos, no acabará con nadie —
profetizó
Nikolai
Belov.
—Conmigo sí —dijo Debra Hyer—. Tengo los pies hinchados de tanto caminar túnel arriba y túnel abajo, empujando la vagoneta, y me duelen horriblemente. También me duelen las manos, los hombros, la espalda, las rodillas,..
—Es la falta de costumbre, Debra —repuso Belov—. Los primeros días son muy duros para todos. Dentro de una semana...
—Yo no voy a esperar tanto,
comandante —masculló Kirk Ellery.
Nikolai Belov lo miró con fijeza.
—
¿Intentarás

fugarte, Kirk?

—Sí. Y no es necesario que me recuerde que, si me atrapan de nuevo los seres de Kobrac, me torturarán dolorosamente. No me importa, comandante.

—A mí tampoco, Kirk — intervino Jeb Klugman.

—¿Lo intentaremos juntos, Jeb?

— Sí.

— ¡Bravo! — se alegró Kirk.

—Contad también conmigo —dijo Henry Luft.

—Y conmigo —dijo Chuk Best.

—Yo también quiero intentarlo —hizo saber Annabelle.

— Y yo — dijo Debra.

—Me parece que todos queremos intentarlo —sonrió Lionel

Mann—. ¿No es cierto,

querida?
—
miró a
su
esposa.
—
Desde
luego —
asintió
Britt.
El matrimonio Coward y todos
los demás opinaron igual. El
comandante Belov movió la
cabeza.
—
Admiro
vuestro
valor,
pero...
—No diga nada, comandante Belov —le cortó
Jeb Klugman—. Sólo piense.
—
¿Que
piense?
—
Si.
—
¿Qué
tengo
que
pensar?
—Si quiere intentar la fuga con nosotros o prefiere resignarse
a ser un esclavo todo el tiempo que le reste de vida.
Nikolai
Belov
no

respondió.
Ya estaban a la salida de la mina.
Allí aguardaba el grupo de esclavos que iban a reemplazarles. Diez hombres y nueve mujeres.
Todos miraron con pena al nuevo grupo de esclavos.
—Terrible el primer día, ¿eh, amigos? —dijo uno de los hombres.
—El infierno, comparado con esto, es el paraíso —respondió Henry Luft—. ¿No es cierto, Lucifer?
—Desde luego —rezongó Chuk Best, que se hallaba a su lado.
—¿E : veras te llamas Lucifer...? —pestañeó el esclavo de antes. Chuck esbozó una sonrisa.
—Sólo era una broma, amigo.
No hablaron más.
El nuevo turno de esclavos penetró en la mina y el que saliera de ella se encaminó hacia los pabellones, arrastrando materialmente los pies, porque las piernas les pesaban a todos como el plomo.
El cielo ya no era azul y luminoso, sino negro, y aparecía tachonado de estrellas. Se había hecho de noche en Kobrac.
El otro cambio, con relación a cuando penetraron a la mina estribaba en la gigantesca nave extraterrestre ya no se hallaba posada en la vasta planicie.

Había
desaparecido.
—Ocuparéis el pabellón de la izquierda —indicó el comandante Belov, cuando estuvieron cerca de ellos.
Segundos
después,
penetraban en
él.
En seguida vieron la alargada mesa, a cuyos lados se veían dos largos bancos para sentarse a ella.
Un poco más allá estaba lo
que debía ser la cocina.
Junto a ella, las duchas y
los lavabos.
Después
los
dormitorios.
Sin
puerta.
Separados los unos de los otros por unos delgados tabiques que no ascendían hasta el techo del pabellón. Tenían apenas dos metros de altura, y más parecían vallas que paredes.
Había una cama en cada uno de los dormitorios, muy baja y de poco más de un metro de ancho.
—Antes de nada quitémonos toda esta suciedad de encima —dijo Nikolai Belov,

entrando en el cuarto de las duchas, que tampoco tenía puerta.

Sin ningún pudor, el comandante Belov se quitó las botas, el traje y el slip, y así, completamente desnudo, se colocó bajo las duchas y abrió la llave del agua.

Tomó algo que parecía una pastilla de jabón y empezó a friccionarse el cuerpo con ella, de espaldas al grupo de terrestres.

Nikolai Belov volvió de pronto la cabeza, los miró por encima del hombro, y preguntó:

—¿A qué esperáis, amigos?

Jeb Klugman, Kirk Ellery, Henry Luft y Chuck Best fueron los primeros en imitarle.

Por parte de las mujeres, Debra Hyer fue la primera en desnudarse por completo y ponerse bajo las duchas.

Annabelle Stamp la imitaba pocos segundos después, diciéndose que, dadas las circunstancias, no tenía demasiada importancia que hombres y mujeres se ducharan juntos.

Así parecieron entenderlo los demás, y poco después, todos se hallaban desnudos bajo las duchas, eliminando la suciedad acumulada en la mina y el olor del sudor.

Luego se secaron sus cuerpos con las toallas, que tampoco faltaban, y se vistieron de nuevo.

—Supongo que tendréis apetito, ¿no? —dijo el comandante Belov.

—Yo no mucho —respondió Henry Luft—. Estoy tan cansado, que sólo tengo ganas de dormir.

—Lo mismo me sucede a mí —dijo

Chuck Best.

—Hay que comer, muchachos. Luego tendréis tiempo de sobra para descansar y reponer fuerzas. Pensad que, hasta dentro de dieciocho horas, no tenemos que volver a la mina —sonrió Belov.

—El comandante Belov tiene razón, tenemos que alimentarnos —opinó Jeb Klugman.

Se sentaron todos a la mesa y Nikolai Belov puso sobre ella abundante comida, que se adivinaba sabrosa. Y realmente lo estaba. Especialmente, las frutas, muy dulces y jugosas.

Cuando todos hubieron saciado su mayor o menor apetito, el comandante Belov dijo:

—Cada cual puede escoger el dormitorio que prefiera. Las camas, como ya habéis visto, son más bien estrechas para admitir a dos personas, pero las parejas que prefieran dormir juntos pueden hacerlo. Como las camas son bajas, si alguno se cae de la suya no se hará mucho daño.

Todos rieron las palabras de Nikolai Belov.

Luego se levantaron de los bancos y fueron hacia los dormitorios. Lionel y Britt Mann se metieron en uno.

Ronnie y Emma Coward, en otro.

Había otros dos matrimonios entre los esclavos, y también ellos prefirieron dormir juntos.

Quedaban seis hombres y cuatro mujeres. Todos ellos solteros.

Alguna pareja más se formaría, seguro.

Annabelle Stamp se introdujo en uno de los dormitorios.

Jeb Klugman entró tras ella. Annabelle lo miró.

—Este dormitorio lo he elegido yo, Jeb.

—Ya lo sé.

—¿Qué haces aquí, pues?

—Me gustaría dormir contigo.
—Ni lo sueñes.
—He dicho dormir, no hacer el amor. Estoy demasiado cansado para eso.
—Ni lo uno ni lo otro.
—¿Sigues furiosa conmigo?
—Yo no estoy furiosa con nadie.
—Debra te mintió, Annabelle.
—¿De veras?
—Te dijo que nos habíamos acostado juntos docenas de veces para que tu ruptura conmigo fuera definitiva. Me lo confesó en la fiesta.
—Tendría que oírlo para creerlo.
—A ti no quiere confesártelo, Annabelle.
—¿Por qué no?
—Debra está enamorada de mi, y hará lo que sea con tal de pescarme.
—Ya debe tener la caña a punto. ¿Por qué no vas y muerdes el anzuelo?
—No quiero dormir con ella, sino contigo.
—Pero yo no quiero dormir contigo...
—Lo deseas tanto como yo, pero tu orgullo te impide confesarlo.
—¿Qué insinúas?
—Que todavía me quieres, Annabelle.
—Eso no es verdad.
—Te apuesto lo que quieras a que, si te doy un beso, confiesas que todavía me amas.
—No me hagas reír.
—¿Hacemos la prueba?
—No, no dejaré que me beses.
—Tienes miedo, ¿eh?
—De eso, nada.
—Si no lo tuvieras, dejarías que te besara.
—Ya no deseo tus besos, eso es todo.
—De acuerdo, dormiré solo —pareció resignarse Jeb

—. Si Debra me deja, claro. Las verdosas pupilas de Annabelle centellearon.
—Si ella no acude a tu dormitorio, acudirás tú al de ella —masculló.
—No, eso no. Yo no iré a buscarla, te lo prometo. Pero si ella me busca, no sé si tendré la suficiente fuerza de voluntad para rechazar su compañía.
Annabelle Stamp enrojeció de rabia.
—Puedes hacer con ella lo que te dé la gana, Jeb.
—Me temo que será ella la que haga conmigo todo lo que le apetezca —carraspeó Klugman.
—¡Fuera!
—Que descanses, Annabelle —sonrió Jeb, y salió del dormitorio. En seguida vio a Debra Hyer.
Estaba junto a uno de los dormitorios próximos. La rubia se acercó a él, sonriente.
—Annabelle te ha echado de su dormitorio, ¿eh?
—Sí. ¿Y a ver si adivinas por culpa de quién? —repuso Jeb, con amarga ironía.
—Por mi culpa, ya lo sé. Pero no estés triste por ello, Jeb.
-¿No?

—Yo dormiré contigo.
—Gracias, muy amable; pero como las camas son estrechas, prefiero dormir solo.
—Con Annabelle no te hubiera importado dormir estrecho.
—Porque la amo.
—¿Qué tiene ella que no tenga yo?
—Nada, las dos tenéis lo mismo.
—Pero a ti te gusta más lo que tiene ella, ¿eh?
—Pues sí.
—No lo entiendo, la verdad.
—Será mejor que te acuestes, Debra.
—Sí, estoy muy cansada. Por eso no debe preocuparte que desee dormir contigo. No te pediré nada, te lo prometo.
—Antes de dormirte, puede que no; pero cuando te despertaras...
—Tampoco, si tú no lo deseas.
—Por favor, Debra, no insistas. Quiero hacer las paces con Annabelle, y dormir contigo, aunque no hiciéramos más que eso dormir, no ayudaría precisamente a ello.
—Te propongo un trato, Jeb.
—¿Qué clase de trato?
—Déjame dormir contigo esta noche, y mañana, cuando nos levantemos, le confesaré a
Annabelle que sólo nos acostamos juntos una vez.
—Ya serían dos.
—Bueno, de la segunda no tiene por qué saber nada.
—Ya te encargarás tú de decírselo.
—¿De veras me crees capaz...?
—Sí, Debra, te creo capaz —rezongó Jeb, y echó a andar hacia uno de los dormitorios libres.

CAPITULO X

Jeb Klugman durmió diez horas seguidas. Pese a ello, fue el primero en despertarse.

Lo supo cuando se puso el traje y las botas y abandonó su dormitorio. Todos seguían acostados.

Bueno, todos no.

El comandante Belov se hallaba en los lavabos, afeitándose.

—Buenos días, Jeb —saludó, con una sonrisa, interrumpiendo por un instante su tarea.

—Buenos días, comandante Belov.

—¿Has dormido bien, muchacho?

— Como un leño.

— Me alegro.

—¿Ha pensado lo que le dije, comandante Belov?

—¿Te refieres a

lo de huir con vosotros?
—Sí.
—¿Cuándo pensáis intentarlo?
—Hoy mismo.
—Todos, ¿no?
—Sí, los dieciocho.
—Es una locura.
—Tal vez, pero vamos a hacerlo.
—Al decir que es una locura no me refiero al intento de fuga, sino a que queráis llevarlo a cabo todos a la vez.
—¿Por qué?
—Los seres de Kobrac os encontrarán mucho antes.
—¿Intentó usted la fuga solo, comandante Belov?
—No,

éramos tres.

—Cuénteme lo que pasó.

—No hay mucho que contar. Echamos a correr hacia las montañas y nos ocultamos en ellas. Pocas horas después, los seres de Kobrac nos atrapaban de nuevo. Nos torturaron a los tres, como escarmiento, y nos devolvieron a los pabellones.

—¿Qué hay detrás de esas montañas?

—No lo sé, no llegamos a cruzarlas.

—¿No han salido de este lugar desde que los trajeron?

—No, nunca. Lo único que conocemos de Kobrac es esta enorme planicie y las montañas que la rodean.

—Y la mina...

—Sí, me olvidaba de ella —sonrió Belov.

—¿Qué habrá sido de su astronave, comandante?

—¿La *Zeus 3000?*

—Sí.

—A menudo me lo he preguntado, y sólo veo tres posibilidades. Primera: los seres de Kobrac, después de apresarme a mí y a toda mi tripulación, la desintegraron. Segunda: la dejaron abandonada en el espacio sideral. A mí me parece más probable lo primero que lo segundo. ¿A ti no, Jeb?

—Sí, también. Pero habló usted de tres posibilidades, comandante. ¿Cuál es la tercera?

—La que yo preferiría: que la hubieran traído a Kobrac, para estudiarla con detenimiento.

—Esto sería magnífico, comandante.

—Sí, ¿verdad?

—Nos bastaría con encontrarla para poder huir en ella de Kobrac.

—Para buscarla, tendríamos que cruzar las montañas, y los seres de Kobrac no nos darán tiempo.

—Si pudiéramos arrancarnos estos malditos collares, no les sería tan fácil dar con nosotros —rezongó Jeb, apretando con rabia el aro de metal que cercaba su cuello.

—Tendríamos que arrancarnos la cabeza primero —repuso Belov.

—¿Han probado con las perforadoras?

—Sí.

—¿Y...?

—No hacen mella en ellos. Se trata de un metal durísimo. Hubo un silencio.

De pronto, Jeb Klugman recordó:

—No ha respondido usted a mi pregunta de antes, comandante Belov

—¿Qué pregunta?

—¿Intentará ¡a fuga con nosotros?

—No.

—Le necesitamos, comandante. Ninguno de nosotros sabría pilotar la *Zeus 3000,* caso de que consiguiéramos cruzar las montañas y dar con ella.

—Ni siquiera sabemos si la *Zeus 3000* se halla en Kobrac.

—Yo tengo la corazonada de que sí.

—Las corazonadas fallar, casi siempre.

—Venga con nosotros, comandante Belov —insistió Jeb.

—No, lo siento —siguió negándose Nikolai Belov.

—Ocho mujeres intentarán la huida, aun sabiendo que, si los seres de Kobrac nos atrapan de nuevo, serán dolorosamente torturadas.

—Si supieran la clase de tortura que les espera, te aseguro que ninguna de ellas lo intentaría, Jeb.

—Me defrauda usted, comandante Belov.

—Supongo que sí, pero no puedo evitarlo. Cada vez que recuerdo lo que esos malditos hicieron conmigo, se me eriza la piel. No temo a la muerte, ya te lo dije, pero me horroriza la

posibilidad de que vuelvan a torturarme, en vez de matarme, si me atrapan de nuevo, y como estoy casi seguro de que eso es lo que pasaria...

—Muy bien, no insistiré más. Lo intentaremos sin usted, comandante.

—Te repito que lo siento, Jeb.

—Más lo siento yo. No suelo equivocarme al juzgar a las personas, pero con usted he fallado.

—¿Qué quieres decir?

—Creía que era usted más hombre, comandante Belov. El rostro de Nikolai Belov se congestionó de golpe.

Apenas un par d^ segundos después, su puño diestro se disparaba y golpeaba contundentemente el mentón de Jeb Klugman.

El joven rodó por el suelo de los lavabos.

Cuando se detuvo, y miró a Nikolai Belov, éste masculló:
—Levántate y te demostraré lo hombre que soy, Jeb Klugman.
—Con mucho gusto, comandante —repuso Jeb, y se irguió.
Belov fue hacia él y soltó de nuevo su puño, pero en esta ocasión sólo golpeó el vacío, porque Jeb se agachó a tiempo y contraatacó, incrustándole el puño en el estómago. Nikolai Belov lanzó un rugido de dolor y se dobló, lo cual aprovechó Jeb Klugman para ensayar un gancho de izquierda.
El ensayo fue un éxito y el comandante Belov dio con su robusto corpachón en el suelo.
—En pie, comandante —dijo Jeb, esperándole con los puños prestos y las piernas ligeramente separadas.
Belov disparó un salivazo rojizo y se incorporó. Atacó nuevamente a Jeb Klugman.
Con fiereza.
Jeb respondió al ataque con idéntica furia.
Intercambiaron unos cuantos puñetazos.
Jeb Klugman era más ágil, pero Nikolai Belov era todo músculos y ’vigor, y el resultado de la pelea parecía muy incierto.
Jeb se vio cazado de nuevo por el puño zurdo de Belov y cayó al suelo. Antes de que pudiera incorporarse, Nikolai Belov se le echó encima.
La pelea continuó en el suelo.
Con más furia aún que antes, si cabe.
De pronto, se escuchó un grito femenino.
Jeb Klugman y Nikolai Belov dejaron de sacudirse por un instante y miraron hacia la entrada de los lavabos.
Era Annabelle

Stamp quien había
gritado. La joven se
acercó a ellos.
—Pero ¿qué diablos les pasa? ¿Por qué se están peleando?
Antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de responder, Annabelle agarró del brazo a Jeb, que en aquel momento se hallaba sobre el comandante Belov, y tiró de él, obligándolo a incorporarse.
Nikolai Belov también sé
levantó del suelo. Annabelle
Stamp, sin soltar a Jeb
Klugman, inquirió:
—¿Por qué fue la pelea?
—Que te lo diga él —gruñó
Belov, y abandonó los lavabos.
Annabelle miró a su ex novio.
—¿Por qué fue la pelea, Jeb?
—Nada, cosas de hombres.
—¿No quieres decírmelo?
—No.
—De acuerdo, no me lo digas. Pero estuvo muy feo que te pelearas con el comandante
Belov.
—Más feo estuvo que me echaras anoche de tu dormitorio.
—¿Has dormido con Debra?
—Me lo propuso, pero le dije que no.
—Eso no te lo crees ni tú.
—Es la verdad, Annabelle. Debra me vio entrar en tu dormitorio, y como adivinaba que me ibas a echar como a un perro, esperó frente al suyo. Cuando me vio salir, se ofreció

para dormir conmigo.

—Y tú la rechazaste.

—Sí.

—Gracias por serme tan fiel.

—Piensa lo que quieras, pero yo sé mejor que nadie que sólo te fui infiel una vez.

—Mientes como nadie, bribón.

—Algún día te darás cuenta de que nunca te he mentido con respecto a Debra Hyer, y entonces comprenderás lo injusta que has sido conmigo.

—Aunque fuera verdad que sólo te acostaste una vez con ella, es motivo suficiente para mandarte a paseo. ¿O no?

—Para enfadarte conmigo, sí; para mandarme a paseo, no.

—Debí perdonarte que hicieras el amor con Debra, ¿no?

—Sí, porque mi única culpa fue no saber rechazar a Debra, cuando ella se desnudó completamente delante de mí y me echó los brazos al cuello.

—

¿De veras hizo eso...?

—Sí, Annabelle. Yo hubiera querido apartarla de mí, pero no pude. Un instante después, caíamos los dos sobre la cama. Sin dejar de besarme, para que no pudiera protestar, Debra me desnudó y se colocó sobre mí a horcajadas.

—Zorra, más que zorra —masculló Annabelle, roja de cólera.

—Está enamorada de mí, ya te lo dije.

—¡También lo estoy yo, y nunca se me ocurriría hacer una cosa así para...!

—¡Annabelle! —exclamó Jeb, cogiéndola por los hombros.

—¿Qué te pasa?

—¡Has dicho que estás enamorada de mi!

—¿De veras?

—¡Sí!

—Se me escapó.

Jeb la abrazó.

—Manda tu enfado a la porra, Annabelle. Ya me

has hecho sufrir bastante.

—Más he sufrido yo por tu culpa, bandido.

—Sin motivo.

—¿Cómo que sin motivo? —exclamó la joven. Jeb la acarició con los ojos.

—Para mí no existe más mujer que tú, Annabelle, y tú lo sabes.

—Tengo mis dudas.

—Te las disiparé a besos.

—Después.

—¿Después de qué?

—De que te hayas afeitado. Con esa barba, pinchas. —Llevaré cuidado.

—Bueno, dame un beso.

Jeb Klugman besó los rojos labios de Annabelle Stamp,

recreándose en la caricia, que ella le devolvió con mucho amor. Luego preguntó:

—¿Te he pinchado?

—Claro.

—Lo siento.

—Anda, corre a afeitarte —rió Annabelle, empujándolo. Jeb cogió el cuchillo que utilizara el comandante Belov para afeitarse, y empezó a quitarse la crecida barba.

CAPITULO XI

Ya se habían levantado y ablucionado todos, y los hombres afeitado la barba.

A Jeb Klugman se le notaban las marcas dejadas en su rostro por los duros puños de Nikolai Belov, y Kirk Ellery inquirió:

—¿Te has peleado con alguien, Jeb?

—Sí —asintió Klugman.

—¿Con quién?

—Con el comandante Belov.

—¿Por qué?

—Discutimos, y acabamos sacudiéndonos.

—¿Dónde está el comandante Belov? No lo he visto desde que me levanté.

—Se marchó, después de la pelea.

—¿Intentará la fuga con nosotros?

—No.

—Lo suponía.

—Traté de convencerle, porque nos hace falta, pero fue inútil.

—Por eso fue la pelea, ¿eh?

—Sí.

—Bien, olvidémonos de él. ¿Cuándo intentaremos la huida, Jeb?

—Hoy, cuando acudamos a la mina. En vez de entrar en ella, correremos hacia las montañas. Sería mejor intentarlo de noche, pero para entonces estaríamos demasiado cansados, y apenas podríamos correr. No hay más remedio que intentarlo de día.

—No importa, Jeb. El caso es intentarlo. ¿No es cierto, muchachos? Todos respondieron afirmativamente.

*

*

*

Debra Hyer se acercó a Annabelle Stamp.

—¿Puedo hablar contigo, Annabelle?

La novia de Jeb Klugman sintió deseos de tirar del pelo a la rubia, pero se contuvo y respondió:

—Bueno.

—Ven.

Annabelle siguió a Debra hasta uno de los dormitorios, donde entraron las dos. La primera se cruzó de brazos y dijo: —Te escucho, Debra.

La rubia sonrió.

—Quiero darte las gracias, Annabelle.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por lo que

hiciste anoche.

—No entiendo. ¿Qué hice yo anoche?

—Echar de tu dormitorio a Jeb.

—¿Te benefició en algo eso?
—Ya lo creo que me benefició.
—Explícate.
—¿Es que no lo adivinas, Annabelle?
—No, no adivino nada.
—Pues si que eres tonta, hija.
—Dime tú lo qué pasó, chica lista.
—Que Jeb y yo dormimos juntos, eso fue lo que pasó.
—Mientes.
—No, es la verdad.
—Te ofreciste a Jeb como una perra en celo, pero él te rechazó.
—¿Que me rechazó...? —fingió sorprenderse Debra—. ¡Si me aceptó encantado!
—Embustera.
—¡Es cierto, Annabelle! Estaba tan furioso contigo, por haberle echado de tu dormitorio, que se acostó conmigo y me hizo el amor con más ganas que nunca.
—¿Y de dónde sacó las fuerzas? Porque de la mina regresó baldado, como todos. Debra Hyer soltó una risita, cargada de malicia.
—La ducha le reanimó bastante. Y le excitó, como a la mayoría. Porque eso de ducharse en grupo, todos en cueros... ¿A que tú también sentiste deseos de...? —le guiñó pícaramente un ojo.
—Si hubiera tenido ganas de eso no hubiera echado a Jeb de mi dormitorio —replicó Annabelle.
—Vuelvo a darte las gracias por ello.
—Yo a ti te voy a dar otra cosa.
—¿El qué?
—¡Esto, zorra! —rugió Annabelle Stamp, y le estrelló la mano en la mejilla.
Se escuchó como un latigazo y Debra Hyer cayó sobre la baja cama, dando un grito. Annabelle, sin darle tiempo a levantarse, se arrojó sobre ella y la siguió abofeteando con ganas, ahora a dos manos, sentada sobre su vientre.

Debra agarró la negra mata de pelo de Annabelle y tiró de ella con fuerza, para ver si así dejaba de darle bofetadas. Pero no.

Annabelle resistió bravamente los dolorosos tirones de pelo y continuó «aplaudiendo» la cara de Debra.

Por fortuna para ésta, Jeb Klugman irrumpió en el dormitorio y le quitó a Annabelle de encima.

—¡Basta, calmaos! —rogó.

—¡Suéltame, Jeb! —gritó Annabelle.

—Sólo si me prometes no liarte de nuevo a bofetadas con Debra.

—¡Se merecía todas las que le he dado!

—Más de una docena, porque tiene la cara roja como un tomate —observó Jeb.

—¡Alguna vez tenían que salirle los colores, a esa desvergonzada!

—¡La desvergonzada será tu madre! —replicó Debra, desgreñada y con los ojos llameantes de furia.

—¡Ay, se ha metido con mi madre! ¡Suéltame, Jeb, que me la como a dentelladas! —rugió Annabelle, forcejeando con él. Jeb no la soltó, claro.

La creía muy capaz de cumplir su amenaza.

Para evitar el posible acto de canibalismo, ordenó:

—¡Lárgate, Debra!

La vapuleada rubia, que ya se había puesto en pie, se apresuró a obedecer, no fuera que la colérica Annabelle se escapara de los brazos de Jeb y se le echase encima como una leona hambrienta.

—Vamos, cariño, tranquilízate —rogó Jeb.

Annabelle, poco a poco, fue recuperando la calma.

—Puedes soltarme, Jeb.

—¿No saldrás corriendo detrás de Debra?

—No, ya le di su merecido a esa arpía.

Jeb la soltó y la tomó por los hombros, obligándola con suavidad a darse la vuelta.

—¿Por qué fue la pelea, Annabelle?

—Nada, cosas de mujeres.

—¿No quieres decírmelo?

—No.

—De acuerdo, no me lo digas. Pero estuvo muy feo que te pelearas con Debra. Annabelle sonrió.

—Lo mismo que en los lavabos, ¿eh?

—Sí, el diálogo es muy parecido —sonrió Jeb. Annabelle alzó los brazos y le rodeó el cuello.

—Mírame a los ojos, Jeb.

—Lo estoy haciendo.

—¿Dormiste anoche con Debra?

—No.

—Te creo. Ahora

bésame.

Jeb Klugman no se hizo repetir la orden.

*
*
*

Unas cuatro horas después de su pelea con Jeb Klugman, el comandante Belov volvía al pabellón del último grupo de esclavos llegados a Kobrac.

También en su rostro se apreciaban las huellas dejadas por los puños de Jeb. Al verlo entrar, todos enmudecieron y clavaron sus ojos en él.

Nikolai Belov se acercó a Jeb Klugman, a quien ofreció su diestra, diciendo:

—Lamento lo que pasó, Jeb.

Klugman le estrechó la mano.

—También yo, comandante Belov. Nunca debí decirle lo que le dije.

—Me lo merecía.

—No es

verdad.

—¿Vamos a empezar a discutir otra vez?

Jeb sonrió.

—No, comandante.

—Bien. Hablemos, pues, del intento de fuga.

—¿Por qué quiere usted hablar de eso, si no va a venir con nosotros? —intervino Kirk Ellery.

Nikolai Belov lo miró.

—Te equivocas, Kirk. Voy a ir con vosotros.

—¿Lo dice en serio, comandante...? —exclamó Jeb Klugman.

—Sí, Jeb. Tus palabras me convencieron. Bueno, no sé exactamente si fueron tus palabras o tus puños, pero el caso es que me convenciste —sonrió Belov, tocándose la mandíbula—. Pegas duro, muchacho.

—Tampoco sus puños son de mazapán, precisamente, comandante Belov —repuso Jeb, llevándose la mano al mentón.

Todos rieron las palabras de Jeb Klugman y del comandante Belov. Este insistió:

—¿Qué, hablamos de la fuga?

Hablaron. Largo y tendido.

El comandante Belov estuvo de acuerdo con Jeb Klugman en que había que intentar la huida cuando llegara la hora de volver a la mina. .

Y así lo harían.

CAPITULO XII

Llegó el ansiado momento.

El comandante Belov y los dieciocho esclavos terrestres abandonaron el pabellón y se encaminaron hacia la mina.

Con paso tranquilo.

Aparentemente resignados a su suerte.

Alcanzaron la mina.

Entonces, Nikolai Belov gritó:

—¡Ahora, muchachos!

Echaron todos a correr hacia las montañas. Todo lo aprisa que les permitían sus piernas.

—Dios os proteja —murmuró la mujer que en aquel momento vaciaba en la gigantesca caja metálica el mineral que transportaba en su vagoneta.

Estaba enterada, como todos, de que el nuevo grupo de esclavos intentaría la fuga aquel mismo día.

El comandante Belov les había informado, y preguntado si alguno deseaba intentar la fuga con ellos.

La respuesta fue negativa por parte de todos.

Unos temían a la tortura; otros, los que ya la habían sufrido en una ocasión, a la muerte. La esclava dio inedia vuelta y empujó la vacía vagoneta hacia el interior de la mina, su prácticamente desnudo cuerpo brillante de sudor, sucio, agotado por las casi ya nueve horas de trabajo sin pausa.

Pronto sonaría la sirena.

Y sonó.

Para entonces, los diecinueve fugitivos ya habían alcanzado las montañas.

Esto supuso un alivio para todos, pues en ellas podían ocultarse y defenderse mejor de los seres de Kobrac, quienes ya debían de haberse movilizado.

No tardarían en aparecer, en sus pequeñas y extrañas naves. En efecto así fue.

El comandante Belov fue el primero en descubrir la flotilla de naves. Doce, exactamente.

En cada una de ellas, cuatro seres de Kobrac.

Convenientemente armados.

—¡Ya los tenemos ahí, amigos! —exclamó Nikolai Belov, apuntando el azulado cielo con su brazo.

—¡Dispersémonos, comandante! —sugirió Jeb Klugman.

—¡Sí, es lo más conveniente! ¡Así podremos ocultarnos mejor! —opinó Kirk Ellery.

—¡En grupo de a cuatro, rápido! —indicó Belov.

Se dispersaron todos con prontitud, buscando los mejores sitios para ocultarse.

Por fortuna, los había en cantidad, pues abundaban las formaciones de rocas y los matorrales, altos y frondosos.

En el grupo del comandante Belov, iban Jeb Klugman, Annabelle Stamp y Debra Hyer.

A Kirk Ellery se habían unido Lionel y Britt Mann, y Henry Luft, mientras que Chuck Best, Ronnie y Emma Coward, y Jerome Osell, el tipo que se disfrazara de canguro, formaban otro grupo.

Los otros dos grupos restantes, formados por cuatro y tres esclavos, respectivamente, también quedaron a cubierto.
La flotilla de naves extraterrestres ya sobrevolaba las montañas, en correcta formación y a baja altura.
Desde ellas, no se veía a ninguno de los esclavos fugados, pero tampoco hacía falta. Los aros que éstos llevaban al cuello delataban su posición exacta, gracias a las señales que emitían de forma intermitente y que eran captadas por los aparatos especiales que llevaban a bordo las pequeñas naves.
Cuando las naves sobrevolaron la zona en donde se hallaban ocultos los diecinueve fugitivos, rompieron su formación y trazaron un círculo en el aire.
Entonces, las doce naves se detuvieron, quedaron suspendidas en el aire. Escasos segundos después, iniciaban el descenso vertical y se posaban en el suelo.
Dentro del amplio círculo formado por las naves, los diecinueve esclavos terrestres, a quienes les iba a resultar muy difícil, por no decir imposible, burlar el cerco.
De las distintas naves empezaron a descender extraterrestres. Cuarenta y ocho, en total.
Doce de ellos quedaron al cuidado de las naves.
Los treinta y seis restantes, empuñando sus extrañas armas, cuyos efectos ya conocían todos los cautivos terrestres, empezaron a estrechar el cerco.
Despacio.
Tranquilamente.
Seguros de que los esclavos terrestres no tenían escapatoria posible. El comandante Belov, desde su escondite, habló en voz baja:
—Ya vienen por nosotros, Jeb.
—Les haremos frente —rezongó Klugman.
—Los seres de Kobrac son muy fuertes.
—Y las piedras de Kobrac, muy duras —repuso Jeb,

mostrando a Belov el pedrusco que tenía en la mano, tan grande como un coco.
—No es mala idea, Jeb —sonrió Nikolai Belov, tomando otro pedrusco—. Los recibiremos a pedradas.
Annabelle Stamp y Debra Hyer cogieron
también sendos pedruscos.
Afortunadamente, había muchos.
Y de
todos los
tamaños.
Annabelle
y Debra
se
miraron.
Con
odio.
Los pedruscos en alto.
Por un instante, pareció que iban a arrojárselos mutuamente a la cabeza.
Por fortuna, la sensatez se impuso y ambas reservaron los pedruscos para los seres de
Kobrac.
Kirk Ellery había tenido la misma idea que Jeb Klugman, y tanto él como Lionel, Britt y
Henry tenían en las manos sendos pedruscos.
—Como los seres de Kobrac tienen un hermoso cabezón, será difícil que fallemos —dijo el fornido Kirk.
Chuck, Ronnie, Emma y Jerome, al ver que Kirk y los de su grupo cogían piedras del

suelo, se apresuraron a imitarles.
Y lo mismo hicieron los otros dos grupos restantes.
Los seres de Kobrac no lo sospechaban, pero iban a ser recibidos con una lluvia de pedruscos de la mejor calidad, tan pronto como se pusieran a tiro.
Y ya casi lo estaban.
Los diecinueve esclavos terrestres, con la respiración contenida y el cuerpo tenso, aguardaban el momento oportuno para lanzar sus pedruscos.
Y ese momento llegó.
Jeb Klugman fue el primero en soltar la piedra.
¡Y cómo la soltó!
Parecía una bala de cañón.
Y sus efectos fueron muy parecidos.
Sí, porque la cabezota del ser de Kobrac, alcanzada de lleno por el pedrusco, pareció reventar como una sandía al recibir el certero impacto.
El extraterrestre se desplomó en el acto, como fulminado por un rayo, despidiendo una sustancia verdosa y espesa por su destrozada cara.
Los alienígenas más próximos a él se aprestaron a disparar sobre Jeb Klugman, pero entonces entraron en acción el comandante Belov, Annabelle Stamp y Debra Hyer, lanzando sus pedruscos con toda la fuerza de que eran capaces.
Ninguno de los tres erró el lanzamiento, y otros tantos seres de Kobrac se derrumbaron, sus rostros destrozados por los terribles impactos.
Jeb ya estaba cogiendo otro pedrusco.
El comandante Belov, Annabelle y Debra hicieron lo propio.
Mientras tanto, Kirk Ellery y los de su grupo lanzaban sus pedruscos contra los seres de Kobrac, con mucha fortuna también, y causaron cuatro bajas más a los extraterrestres.
A partir de ese momento, los lanzamientos de piedras se sucedieron sin pausa.
Los seres de Kobrac efectuaron algunos disparos, pero

como los esclavos terrestres se ocultaban enseguida que lanzaban los ripios, ninguno de los rayos anaranjados consiguió dar en el blanco.

En muy poco tiempo, de las tres docenas de extraterrestres sólo quedaron unos pocos en pie, y éstos, muy sensatamente, optaron por huir.

—¡A ellos, muchachos! —rugió el comandante Belov.

—¡Sí, que no escape ninguno! —trono Jeb Klugman.

Los esclavos terrestres persiguieron a los seres de Kobrac, logrando abatirlos a todos a pedradas, antes de que alcanzasen sus naves.

Los doce alienígenas que quedaron al cuidado de las naves, al comprobar el rotundo fracaso de sus compañeros, se apresuraron a subir a ellas y las elevaron rápidamente, emprendiendo el vuelo.

CAPITULO XIII

Las exclamaciones de júbilo de los esclavos terrestres atronaron el lugar, mientras se abrazaban unos a otros. Debra Hyer hubiera preferido abrazarse a Jeb Klugman, pero como Annabelle Stamp se le anticipó, se abrazó al comandante Belov, que tampoco estaba mal.

Nikolai Belov, sin pensárselo dos veces, le dio un beso en la boca que casi la deja tonta.

—Co... comandante Belov... —balbuceó la rubia, perpleja.

—Tú puedes llamarme Nikolai, Debra —le sonrió él.

—¿Por qué?

—Porque me gustas.

—¿De veras?

—Mucho —aseguró Belov, y se lo demostró dándole otro fervoroso beso. Y no eran Nikolai Belov y Debra Hyer los únicos que se besaban.

También Jeb y Anabelle.

Y Lionel y Britt.

Y Ronnie y Emma.

Estaban todos tan contentos...

Pero sólo habían ganado una batalla, no la guerra.

El comandante Belov, que no lo ignoraba, dejó de besar a Debra Hyer y exclamó:

—¡Atención, muchachos!

Todos
se
la
prestaron.
Nikolai
Belov
advirtió:

—Hemos derrotado a los seres de Kobrac, pero sólo momentáneamente. No tardarán en volver, y serán muchos más que antes. Por fortuna, ahora disponemos de las armas de los extraterrestres abatidos a pedradas. Con ellas nos defenderemos mucho mejor que con las piedras. ¡Qué cada cual coja una, rápido!

Corrieron todos en busca de las armas de los alienígenas muertos.

Jeb Klugman, con una de ellas en las manos se acercó a Nikolai Belov.

—¿Cómo funcionan estos chismes, comandante?

Belov, que también se había agenciado un arma extra-terrestre, indicó:

—Oprimiendo este botón rojo. Observa.

El comandante Belov presionó el botón de su arma y el rayo anaranjado brotó instantáneamente, chocando contra la roca que había tomado como blanco.

Jeb Klugman apuntó también hacia allí y apretó el botón de su arma, en el acto lanzó un rayo anaranjado.

—Caramba, es muy fácil disparar con esto —dijo.

—Claro. ¡Vamos, probad todos! —indicó Belov.

Kirk, Annabelle, Debra, Lionel, Henry, Chuck, Ronnie, Emma, Jerome, Dennis, Alec, Jesse y las otras cuatro mujeres hicieron funcionar sus armas.

—¡Perfecto! —exclamó Nikolai Belov, satisfecho—. Ahora voy a probar una cosa.

—¿Qué, comandante? —preguntó Jeb.

—Me consta que estas armas, al igual que nuestras pistolas de rayos láser, tienen un

regulador de potencia. Es decir, que lo mismo pueden dejar inconsciente a un ser humano que desintegrarlo. Y creo que dicho regulador es esta pequeña ruedecita que sobresale en el cañón del arma.

—
Pruebe,
comandante.

Belov hizo girar la ruedecita hasta
que ésta alcanzó su tope. Entonces,
apuntó de nuevo a la roca de antes y
disparó el arma.

El rayo, en esta ocasión, no brotó anaranjado, sino rojo como
la sangre, y la roca se fundió en sólo unos segundos, no
quedando ni rastro de ella.

Todos quedaron impresionados por el poder de
las armas extraterrestres.

—Es fantástico, comandante... —
murmuró Jeb Klugman. Nikolai
Belov lo miró.

—
Tiéndete
en el
suelo,
Jeb.

—
¿Qué?

—
Vamos,
hazlo.

Jeb, desconcertado, se tendió
sobre la tierra, boca arriba.

Belov se agachó y le colocó la cabeza de manera que el
collar de esclavo se mantuviese de pie en el suelo sin rozarle
la piel del cuello. Entonces, prohibió:

—No muevas la
cabeza, Jeb. Ni un
milímetro.

—De acuerdo —sonrió Klugman, que ya comprendía lo que se proponía el comandante
Belov.
Este acercó la boca de su arma al ancho aro de
metal y oprimió el botón rojo.
El collar de esclavo se fundió en dos o tres segundos, desapareciendo por completo.
—Ya puedes dejar de sentir complejo de perro,
Jeb —dijo Belov, sonriendo. Jeb se tocó el cuello.
—
¡Desapareció!
—
exclamó.
—
Sí.
—¡Los seres de Kobrac ya no
podrán saber por dónde ando!
—
No.
—¡Hurra...! —rugió jubilosamente
Jeb, irguiéndose de un salto.
El «¡hurra!» de Jeb Klugman fue coreado con idéntico alborozo por el resto de los esclavos terrestres.
—¡Vamos, el
siguiente! —indicó
Nicolai Belov.
—¡Yo, comandante! —exclamó Kirk Ellery, tendiéndose rápidamente en el suelo.
Belov le colocó la cabeza adecuadamente e hizo funcionar su arma de nuevo, fundiendo el collar de esclavo del musculoso Kirk.
Después hizo lo
propio con el de
Lionel Mann. Y con el
de Henry Luft.
Y
con

el
de
Chuck
Best...
Minutos más tarde, no quedaba ningún esclavo terrestre con aro de metal al cuello. Jeb Klugman se había encargado de fundir el collar del comandante Belov.
—Bien, pongámonos en marcha, muchachos —indicó Nikolai Belov—. Los seres de Kobrac volverán de un momento a otro, pero ahora no les será tan fácil dar con nosotros.
Echaron todos a andar, mucho más esperanzados que antes, porque disponían de armas

poderosas y además habían conseguido librarse de los malditos collares delatores.

CAPITULO XIV

Pasaba el tiempo, y los seres de Kobrac no volvían.

Los esclavos terrestres seguían avanzando por entre las montañas, sin concederse tregua alguna.

El comandante Belov había dicho que no se detendrían a descansar hasta que anocheciese, y aún faltaba dos o tres horas para eso.

Repentinamente, al dejar atrás una de las montañas, descubrieron algo que los llenó de júbilo a todos.

En una planicie, no tan grande como la que ellos habían abandonado, pero igualmente rodeada de montañas, se veían tres astronaves.

¡Y eran terrestres!

¡Una de ellas era la *Zeus 3000!*

Al comandante Belov casi se le saltaron las lágrimas de emoción.

—Tu corazonada no falló, Jeb —dijo.

Klugman le dio un abrazo.

—Menos mal que decidió usted escapar con nosotros, comandante Belov. Sin usted, de poco nos hubiera servido encontrar las tres astronaves terrestres. No sabíamos despegar con ninguna de ellas.

—¡Corramos hacia las naves! —exclamó Kirk Ellery.

—Un momento, Kirk —lo sujetó Belov—. Es posible que haya seres de Kobrac vigilándolas. Nos verían acercarnos y seríamos un blanco muy fácil para ellos. Mejor que nos ocultemos y esperemos a que anochezca. Entonces, amparándonos en la oscuridad, tendremos muchas más posibilidades de llegar hasta las astronaves y apoderarnos de ellas.

—El comandante Belov tiene razón, Kirk —dijo Jeb Klugman.

—Sí, desde luego —reconoció Ellery.

—Ocultémonos, rápido —indicó Nikolai Belov.

*

* * Ya había

anochecido.

El comandante Belov dijo:

—Llegó el momento, muchachos. Nos acercaremos a las astronaves arrastrándonos por el suelo como culebras. Que nadie hable, y no quiero oír el menor ruido.

Se echaron todos al suelo y empezaron a serpentear silenciosamente hacia las naves terrestres.

Seres de Kobrac, fuera de ellas, no se veía ninguno, pero el

comandante Belov estaba seguro de que dentro de las naves sí los había.
Confiaba, sin embargo, en
que no fueran muchos.
Siempre arrastrándose por la dura y rojiza tierra,
alcanzaron las astronaves.
La puerta de proa de la *Zeus 3000* permanecía abierta, pero las de las otras dos naves

estaban cerradas.

Nicolai Belov dedujo rápidamente que los seres de Kobrac que vigilaban las tres astronaves terrestres se hallaban en a Zeus 3000.

Hacia ella se arrastraron, pues, silenciosos como serpientes y protegidos por las sombras de la noche.

Empezaron a subir a la nave.

Las armas prestas.

El comandante Belov, Jeb Klugman y Kirk Ellery fueron los primeros en penetrar en la *Zeus 3000.*

En el puente de mando había varios seres de Kobrac. Ocho, exactamente.

Los terrestres los pillaron confiados, y ésa fue la causa de que antes de los alienígenas tuvieran tiempo de empuñar sus armas, Nikolai Belov, Jeb Klugman y Kirk Ellery hicieron funcionar las suyas.

Los ocho seres de Kobrac, certeramente alcanzados por los rayos, no anaranjados, sino rojos como la sangre, se fundieron en sólo unos segundos y desaparecieron como por ar- te de magia.

—¡Adentro todos, rápido! —gritó el comandante Belov. Los esclavos terrestres penetraron en la *Zeus 3000.* Nikolai Belov cerró la puerta e indicó:

—¡Jeb, Kirk, Lionel, Henry, Chuck! ¡Venid conmigo y

registraremos la nave! ¡No creo que haya más seres de Kobrac a bordo, pero debemos asegurarnos! ¡Los demás quedaos en el puente de mando!

Registraron la *Zeus 3000* de arriba abajo, pero, como ya suponía el comandante Belov, no había más extraterrestres a bordo.

Los seis hombres regresaron al puente de mando.

Nikolai Belov ocupó el asiento del piloto y encendió los reactores de la nave, que funcionaban a la perfección.

Poco después, la *Zeus 3000* despegaba verticalmente entre los aplausos y los gritos de euforia de los esclavos terrestres.

—Vamos en busca de los otros esclavos, ¿verdad, comandante Belov? —dijo Jeb Klugman.

—Luego, Jeb. Antes tenemos que destruir las naves de los seres de Kobrac. De nada serviría que abandonásemos el planeta en la *Zeus 3000.* Sus naves son más veloces y poderosas. Nos darían alcance en poco tiempo y nos atraparían de nuevo. Tenemos que destruirlas con nuestros cañones de rayos láser. Como nuestro ataque será por sorpresa, podemos conseguirlo.

—Dios le oiga, comandante Belov —suspiró Jeb Klugman.

*

*

*

Algunos minutos después de que la *Zeus 3000* dejara atrás las montañas, descubrían la

base aérea de los seres de Kobrac.

Posadas en ella había seis gigantescas naves, y un buen número de naves pequeñas. También algunos vehículos voladores.

El comandante Belov ya había dado instrucciones a Jeb Klugman y Kirk Ellery sobre el funcionamiento de los cañones y de rayos láser que la *Zeus 3000* llevaba aclopados en su proa.

—¡Listos para abrir fuego, muchachos! —gritó Nikolai Belov, dirigiendo la astronave hacia la base aérea de los seres de Kobrac.

—¡Estamos deseando hacerlo, comandante! —repuso Jeb.

—¡Y no sabe cuánto! —añadió Kirk.

Nicolai Belov aguardó unos segundos más y ordenó:

—¡Fuego!

Jeb Klugman y Kirk Ellery hicieron funcionar los cañones, tomando como primeros blancos las seis colosales naves extraterrestres.

Las poderosas naves, alcanzadas por los rayos láser, estallaron en mil pedazos.

—¡Bravo, muchachos! —rugió jubilosamente Belov—. ¡Destruid ahora las naves pequeñas y los vehículos voladores!

Jeb y Kirk, constantemente animados por los gritos de sus compañeros, siguieron disparando los cañones sin darse el menor respiro.

En poco más de tres minutos, la base aérea de los seres c Kobrac quedó totalmente destruida, y lo que en principio parecía imposible, ahora era una realidad: los esclavos terrestres podían escapar de aquel maldito planeta en la *Zeus 300(* y regresar a la Tierra, sin temor de verse perseguidos por los seres de Kobrac.

EPILOGO

Los esclavos terrestres escaparon de Kobrac en la Zeus 3000 y en las otras dos astronaves terrestres, cuyos reactores y mandos funcionaban perfectamente, también.

De este modo, amén de evitar que los seres de Kobrac pudieran utilizarlas para perseguirles, efectuarían el retorno a la Tierra con mayor comodidad y dispondrían de una mayor cantidad de víveres, pues cada nave conservaba los suyos intactos.

Algunas horas después de haber abandonado Kobrac, la mayoría de los esclavos terrestres se retiraron a descansar a los distintos camarotes.

Annabelle Stamp entró en uno de ellos.

Escasos segundos después, llamaban a la puerta.

Annabelle sonrió, pues pensaba que sería Jeb Klugman, y se apresuró a abrir. Al instante frunció el ceño, pues no se trataba de Jeb, sino de Debra Hyer.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Annabelle? —preguntó la rubia.

—La última vez que tú y yo hablamos, acabamos mal —gruñó la novia de Jeb.

—Por mi culpa.

—¿Lo reconoces...?

—Si.

—¡Huy!, me parece que tú tramas algo, pájara —desconfió Annabelle. Debra sonrió con suavidad.

—Nada, puedes estar tranquila. Sólo he venido a pedirte perdón, Annabelle.

—¿De veras...?

—Te mentí, ¿sabes? Jeb y yo no nos hemos acostado

juntos más que una vez, y porque yo le obligué materialmente ello. Estaba enamorada de él y quería quitártelo como fuera Fracasé rotundamente, pues aunque Jeb me hizo el amor aquel día... Bueno, más justo sería decir que se lo hice yo a él —carraspeó la rubia.

—Sigue, Debra.

—Bien, como te decía, fracasé totalmente, pues Jeb está loco por ti y no quiere acostarse con más mujer que tú. Y yo no lo siento, ¿sabes?

—¿Ah, no...?

Debra Hyer sonrió maliciosamente.

—Ya no estoy enamorada de Jeb, sino del comandante Belov. Y él parece que también lo está de mí, ¿sabes? Voy dormir en su camarote. Bueno, lo de dormir, es un decir... —rió.

Annabelle Stamp rió también.

—Eres terrible, Debra.

—¿Me perdonas todo el daño que te hice, Annabelle?

—Por supuesto que sí. Y te deseo mucha suerte con el comandante Belov.

—Es un poco mayor para mí, pero como está tan sano y fuertote, no me importa. Sé que en la cama rendirá tanto como en la mina de Kobrac.

—¡Seguro! —volvió a reír Annabelle.

Debra le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Gracias por ser tan comprensiva, Annabelle —dijo, y se marchó.

Apenas medio minuto después, volvían a llamar. La joven abrió. Esta vez, sí era Jeb Klugman.

—¿Puedo dormir en tu camarote, Annabelle? —preguntó, con una contagiosa sonrisa en los labios.

—¿Sólo dormir? —repuso ella, maliciosa.

—Y lo otro, también.

—Pasa.

Jeb entró en el camarote y cerró la puerta.

Un segundo después, enlazaba por la cintura a su novia y la besaba en los labios, fervorosamente. Tras el beso, dijo: —Quitémonos los trajes.

—Sí.

Se despojaron de ellos y de las botas, quedando en slip. Así se tendieron en la cama. Jeb volvió a besar en los labios a Annabelle, mientras sus manos iniciaban un sabio recorrido por el cuerpo femenino, acariciando los jóvenes y altivos senos, el terso vientre, los esbeltos muslos...

Al llegar a este punto, Jeb tiró del elástico pantaloncito

color cobre, descubriendo lo más íntimo del cuerpo de Annabelle, que acarició también con sabiduría, obligando a la joven a exhalar un largo y profundo suspiro de gozo.

Jeb ya no besaba los labios de su novia, sino su cuello, los hombros, sus pechos, palpitantes de deseo... Cuando mordisqueó suavemente sus hermosos pezones, rojos y endurecidos por la excitación, Annabelle gimió y se aferró a su cuello, pronunciando su nombre en tono de súplica:

—¡Jeb...!

Jeb Klugman no prolongó más la fase de caricias y poseyó a su novia, maravilloso momento ansiado por los dos, y que por culpa de Debra Hyer habían tardado demasiados días en repetir.

Pero el enfado de Annabelle Stamp había quedado atrás y allí estaba recibiendo de nuevo todo el amor, toda la pasión y todo el deseo que Jeb Klugman le profesaba, y que ella devolvía con generosidad, porque también sentía todo eso por él.

F
I
N